

**Audiolibro La Embriaguez De La
Metamorfosis Stefan Zweig 4 5**

Tenga en cuenta que este contenido está tomado de varias fuentes y de personas que no están relacionadas con www.Ensayo.icu. These texts are not escrito por los escritores profesionales. Servicio de escritura profesional www.Ensayo.icu no es responsable de la gramática u otros errores de ortografía.

Contacto www.Ensayo.icu ;Y garantizamos que obtendrá un trabajo 100% único en tan solo unas horas!

Texto enviado por - **Eleonora Hardin** (*State of Vermont*) - - - - Son las siete de la noche cuando llega a Viena; deja a toda prisa la maleta en un hotelucho de la calle Mariahilfer y entra rauda en una peluquería antes de que bajen la persiana metálica. Una obsesión la impulsa a repetir los actos de aquella vez para ser otra, la esperanza loca y descabellada de volver a ser aquella que fue gracias a unas manos ágiles y a un poco de carmín. Vuelve a sentir las ondas cálidas que la rocían y las manos ágiles que le acarician el cabello, un lápiz habilidoso le dibuja de nuevo los labios antes tan deseados y besados en el rostro pálido y cansado, y un poco de color le refresca las mejillas, mientras que unos polvos oscuros recrean como por arte de magia el recuerdo de aquel bronceado de Engadina. Cuando se levanta envuelta en una nube de fragancia vuelve a sentir la energía de antes en las rodillas. Baja por la calle más erguida y segura de sí misma. Y si confiara en su vestido, hasta creería ser la señorita Von Boolean. El atardecer de septiembre todavía derrocha una luz tardía; en el frescor crepuscular, siente con cierta excitación que una mirada amable la roza de vez en cuando. Aún estoy viva, se dice respirando aliviada, aún estoy aquí. A veces se detiene delante de un escaparate, contempla las pieles, los vestidos, los zapatos, y su mirada se clava en el cristal como si lo marcara a fuego. Tal vez pueda hacerlo de nuevo: Christine recupera el ánimo. Baja por la calle Mariahilfer hasta llegar al Ring, y sus ojos se aclaran al ver a tantas personas que pasean charlando despreocupadas, algunas de ellas incluso con verdadera gracia. Son los mismos, piensa, y sólo un estrecho espacio aéreo nos separa. En algún sitio existe una escalera invisible que es preciso subir; es sólo un paso, un único peldaño. Se detiene ante la Ópera; por lo visto, la función está a punto de empezar porque los automóviles se paran a la puerta del edificio, coches verdes, negros, azules, con cristales de espejo y lacado brillante, recibidos en la entrada por un mozo de librea. Christine entra en el vestíbulo para observar a los espectadores. Es extraño, piensa, los diarios hablan de la cultura vienesa, de una población con sensibilidad artística y de la ópera que ha creado, y yo, una joven de veintiocho años que ha pasado toda su vida en este lugar, me encuentro por primera vez aquí, pero fuera, en el vestíbulo. Sólo cien mil de los dos millones conocen esta casa, los otros leen sobre ella en los diarios y dejan que les cuenten sus historias y actuaciones y ven las fotografías, pero nunca logran entrar realmente. ¿Y quiénes son estos otros? Mira a las mujeres y se muestra al mismo tiempo inquieta e indignada. No, no son más bellas que yo en Engadina, no caminan con más libertad y liviandad que yo allá arriba, sólo poseen la vestimenta y aquello tan invisible que es la seguridad. Basta un paso hacia arriba, un solo paso con ellas para entrar, para subir las escaleras de mármol y entrar en el palco, en la caja dorada de la música, en el ámbito del disfrute y de la despreocupación. Suena el timbre, los rezagados se dan prisa, se quitan el abrigo corriendo, se dirigen volando a la guardarropía, y el espacio se vacía. Empieza el espectáculo en el interior, todo ha acabado, y vuelve a levantarse en aquel estrecho espacio intermedio el muro invisible. Christine prosigue su paseo. Los faroles dejan oscilar sus lunas blancas sobre la calle Ring, el Corso todavía está animado. Christine sigue el rumbo de los paseantes y va sin meta fija por el Opernring. Se detiene ante un gran hotel, atraída por su magnetismo. Acaba de detenerse un automóvil ante la puerta, los mozos de librea se precipitan hacia fuera, cogen la maleta y el bolso de una dama de aspecto un tanto oriental, la puerta giratoria se mueve y los absorbe. Christine, incapaz de seguir, se queda mirando la puerta que la atrae como un embudo; siente un deseo irresistible de ver el mundo anhelado aunque sólo sea durante un minuto. Entraré, piensa. ¿Qué puede ocurrirme? Preguntaré al portero si ha llegado ya la señora Van Boolean de Nueva York; de hecho, es posible. Lo que quiere es echar un vistazo, recordar de nuevo, recordar con mayor intensidad, ser de nuevo la otra, sólo por un segundo. Entra, el portero está sumido en una conversación con la señora recién llegada, de modo que Christine puede deambular tranquilamente por el vestíbulo, mirar todo, los sillones en los cuales se sientan caballeros inmersos en la charla y en el humo de sus cigarrillos, vestidos con trajes de viaje o smokings elegantes y de buen corte y

calzados con delicados mocasines de charol. En un rincón se sienta un grupo formado por tres mujeres jóvenes que hablan en francés y en voz alta con dos mozalbetes y ríen de vez en cuando, sueltan esa risa relajada, esa música de los despreocupados que en su día la fascinaba. Más atrás espera una amplia sala dividida por columnas de mármol: el restaurante. Camareros vestidos de frac hacen guardia a la entrada. Podría entrar y comer, piensa Christine y palpa de forma automática el bolso de piel por ver si lleva dentro la cartera con los dos billetes de cien francos y los setenta chelines que ha traído. Sí, podría comer aquí, ¿qué costará? El simple hecho de sentarse en un salón, de ser servida, atendida, admirada y mimada, de sentirse acompañada por la música; sí, se oye, ligera y amortiguada, una música desde dentro. Pero en eso vuelve la vieja angustia. No lleva el vestido apropiado, el talismán que le abra esta puerta. Se siente insegura, el muro invisible vuelve a levantarse de pronto, el pentagrama mágico de la angustia que no se atreve a superar. Le tiemblan los hombros, y sale del hotel a toda prisa, como si huyese. Nadie la ha mirado, nadie la ha interceptado, y el hecho de que nadie le prestara atención la torna más débil de lo que estaba antes de entrar. Y sigue y sigue callejeando. ¿Adónde ir? ¿Por qué he venido? Las calles se vacían, algunos pasan deprisa, se nota que van a cenar. Iré a cenar, piensa Christine, a alguna fonda, no a un restaurante elegante donde todos me miren, sino a un lugar donde haya luz y gente. Encuentra un sitio de estas características. Casi todas las mesas están ocupadas, pero halla una libre y se sienta. Nadie le presta atención. El camarero le trae la comida. Christine mastica indiferente y nerviosa. ¿Para qué habré venido, piensa, qué hago yo aquí? Se aburre mirando el mantel blanco. No puede quedarse toda la noche comiendo, hay que levantarse y proseguir el camino. Pero ¿adónde? Son sólo las nueve. Un vendedor de periódicos —bienvenida interrupción— se acerca a la mesa, le ofrece los diarios vespertinos; ella compra dos, tres, no para leerlos, sino para hacer ver que está ocupada y espera a alguien. Repasa las noticias con indiferencia. Qué le importan las dificultades para formar gobierno, el atraco y asesinato en Berlín, las cotizaciones de la bolsa, el chismorreó sobre la cantante de la Ópera, que si se queda o se va, que si canta veinte o setenta veces al año, ella no la escuchará nunca. Ya está a punto de apartar el periódico cuando le llaman la atención las letras gruesas de la última página donde puede leerse lo siguiente bajo la rúbrica de «Entretenimiento»: «¿Adónde vamos esta noche?» Y abajo hay diversiones, teatros, salones de baile y locales nocturnos. Nerviosa, coge el diario y lee los anuncios. «Música de baile: Café Oxford», «Las Freddi Sisters: Carltonbar», «Orquesta gitana húngara», «La célebre orquesta negra de jazz, abierto hasta las tres, cita obligada de la mejor sociedad vienesa». Participar una vez más, estar presente donde los otros se divierten, bailar, relajarse, romper la coraza insoportable que oprime el pecho. Apunta la dirección de un local y luego de otro; ninguno está lejos, le informa el camarero. Entrega el abrigo en la guardarropía, se siente más ligera después de desprenderse de aquel envoltorio repugnante y de oír la música que suena rápida y estridente desde abajo, y desciende las escaleras que la conducen al subterráneo del local. Pero la desilusión es enorme: el sitio está medio vacío. La orquesta, formada por unos muchachos con chaquetas blancas, aporrea los instrumentos como si por la fuerza quisiera obligar a bailar al escaso público sentado en torno a las mesas, pero sólo una única pareja se muestra dispuesta. Evidentemente, se trata de un bailarín profesional. Con los ojos discretamente pintados de negro, peinado de una manera demasiado precisa y demasiado remilgado y artificial en su estilo de danzar, conduce sin ningún entusiasmo a una de las camareras por el centro de la pista de baile de forma cuadrada. Catorce o quince de las veinte mesas están vacías. A una de ellas se sientan tres mujeres, sin duda profesionales: una de ellas tiene el pelo teñido de color ceniza, la otra lleva un traje negro muy viril y ajustado que parece un smoking, y la tercera es una judía voluminosa y pechugona que sorbe poco a poco un whisky utilizando para ello una pajita. Las tres le lanzan extrañas miradas como si la tasarán y empiezan a cuchichear y a reír en voz baja: con el ojo experimentado de muchos años de servicio, sospechan que se trata de una principiante o de una provinciana. Los caballeros esparcidos en las mesas parecen viajeros, están cansados y mal afeitados y esperan algo que les estimule y rompa su abulia; se han arrellanado, cada uno en su mesa, y beben café o una copita de schnaps. Al entrar, Christine tiene la sensación de una persona que, al bajar unas escaleras, pisa en el vacío. Habría preferido dar media vuelta, pero el diligente camarero se abalanza sobre la clienta, pregunta dónde quiere sentarse la señorita, de modo que ésta se sienta donde sea y, al igual que los demás en ese espacio dedicado a la diversión, pero escasamente divertido, espera algo que ha de venir, pero que no viene. En un momento, uno de los señores, (representante, en efecto, de una manufactura praguense) se levanta pesadamente y la arrastra de aquí para allá en un simulacro de baile, pero luego la devuelve a su sitio: por lo visto, no tiene ni valor ni ganas y percibe cierta indefinición en esa mujer extraña, percibe algo singular y no resuelto, algo entre querer y no querer, y el caso le resulta demasiado complicado (sobre todo teniendo en cuenta que al día siguiente, a las seis y media de la mañana, debe partir para Zagreb en tren expreso). Sea como fuere, Christine aguanta una hora en aquel sitio. Dos señores recién llegados se han sentado entretanto a la mesa de las damas y les dan charla, sólo ella se queda sola. De súbito llama al camarero, paga y se marcha furiosa, irritada y desesperada. Vuelve a estar en la calle. Es de noche. Camina, pero no sabe

adonde. Todo le da lo mismo. Le daría igual si la cogieran y la arrojaran al agua, al canal del Danubio, si el coche que en un cruce se ha detenido a escasa distancia de la distraída la hubiese atropellado: todo le resulta indiferente. De pronto se da cuenta de que un policía la mira de manera extraña y se dispone a seguirla como si quisiese preguntarle algo y se le ocurre que tal vez la toman por una de aquellas mujeres que emergen de la sombra e interpelan a los hombres. Ella sigue y sigue. Lo mejor será volver a casa. ¿Qué hago yo aquí? De repente siente unos pasos a su espalda. Una sombra se desliza a su lado, la sigue el dueño de la sombra y la mira con fijeza. —Vaya, señorita, ¿ya se marcha usted para casa? Ella no responde. Pero el hombre no se despega de su lado, se pone a hablar, insistente y divertido, y la alivia. ¿No quiere ir ella a algún sitio? —No, de ninguna manera. —Sí, mujer, ¿quién vuelve a esta hora a casa? Sólo iremos a un café. Ella cede a la postre, con el único fin de evitar la soledad. Es un tipo bastante simpático, un empleado de banca, según cuenta, pero sin duda casado, piensa Christine. En efecto, luce un anillo en el dedo. Pero da igual porque no quiere nada de él, lo único que quiere es no estar sola; por eso es preferible dejarse contar unas cuantas bromas, que una escucha a medias, y a medias no escucha. A veces lo mira mientras habla: ya no es joven, tiene arrugas bajo los ojos, parece agotado por el trabajo, rendido y tan arrugado y aplastado como su traje. Pero su conversación es agradable. Por primera vez, Christine vuelve a hablar con una persona o, más bien, la oye hablar y, sin embargo, sabe que no es esto lo que quiere. La jovialidad del hombre le duele de alguna manera. Algunas cosas que cuenta son divertidas, pero ella siente la garganta corroída por la amargura, y poco a poco la domina el odio a esta persona extraña que se alegra y se muestra despreocupada mientras a ella todo se le estanca en la ira. Cuando salen del café, él la coge y le aprieta el brazo. Es el mismo gesto del otro delante del hotel, y la excitación que la consume no proviene de este hombre que tiene a su lado, sino del otro, de un recuerdo. De pronto siente miedo. Podría ceder a este extraño, entregarse a alguien que ni siquiera quiere, sólo por despecho, por impaciencia... De repente, en el preciso instante en que un taxi pasa, levanta el brazo, se suelta del asombrado empleado de banca y se introduce en el automóvil. Largo rato permanece tumbada, despierta, en la habitación extraña y escucha las ruedas de los vehículos. Todo ha concluido, no se puede pasar, no se puede atravesar el muro invisible; por eso, respira excitada e insomne en la cama y no sabe para qué respira. La mañana del domingo resulta tan larga como aquella confusa noche de insomnio. La mayoría de las tiendas están cerradas y guardan sus atracciones detrás de las persianas bajadas. Se sienta, pues, en un café para matar el tiempo y hojea los periódicos. Ya no sabe qué le hacía ilusión, ha olvidado por qué ha venido a Viena, donde nadie la espera y nadie la quiere. Se le ocurre que debería visitar a su hermana y al cuñado, pues lo ha prometido y es lo que corresponde. Lo mejor sería ir enseguida después de comer, de ninguna manera antes porque creerían que ha ido por el almuerzo. La hermana es tan peculiar, desde que tiene hijos sólo piensa en ella misma y ahorra hasta los huesos. Faltan dos o tres horas hasta entonces, de modo que sigue un rumbo elegido al azar, cruza el Ring y constata que la pinacoteca es gratis ese día; recorre las salas con indiferencia, se sienta en uno de los bancos revestidos de terciopelo, contempla a las personas, sigue, sale y se dirige a un parque; mientras crece el tiempo, crece también su soledad. Cuando llega por fin, a las dos, a la casa de su cuñado, siente un cansancio como si hubiera caminado por nieves profundas. En el portal del edificio topa con toda la familia, con el cuñado, la hermana y los dos niños, todos vestidos de domingo y, en efecto, muy contentos de verla, (cosa que le sienta bien). — ¡Vaya, qué sorpresa! La semana pasada le dije a Nelly que teníamos que escribirte, que por qué no te dejabas ver. En serio, deberías haber venido a comer, pero ¿no es cierto que nos acompañarás? Vamos a Schönbrunn, a mostrar los animales a los niños. Además, hace un buen día. — Encantada — responde Christine. Es bueno conocer una meta. Es bueno estar con personas. El cuñado la coge del brazo y le cuenta toda suerte de historias, mientras la hermana conduce a los niños. Los labios no cesan de moverse en esa cara ancha y jovial. Acaricia el brazo de Christine con amabilidad. Las cosas le van bien, se le nota a doscientos pasos de distancia; se siente satisfecho y alberga una alegría ingenua por esta satisfacción. Aún no han llegado a la estación del tranvía, y él ya le ha revelado el gran secreto: mañana será nombrado alcalde de distrito por su partido; hombre de confianza desde el final de la guerra, entrará en el próximo concejo municipal si todo va bien y derrotan a los conservadores. Christine camina a su lado y lo escucha con simpatía. Siempre ha sido una persona agradable este hombre sencillo y menudo que se alegra de las cosas pequeñas, un hombre bueno, atento, crédulo y confiado. Ella entiende que los compañeros lo eligieran para ese modesto cargo, porque en verdad lo merece. Sin embargo, cuando lo mira de soslayo y lo ve tan menudo y sosegado, con las mejillas rojas y la papada y la barriguita que se sacude a cada paso, piensa aterrada en su hermana: ¿cómo puede?... No soportaría que este hombre me tocara. Pero qué bueno es estar con él a la luz del día en medio del gentío. En compañía de los niños, se convierte en niño ante las rejas del zoológico. Christine piensa con envidia secreta: poder alegrarse otra vez de tales menudencias y no consumirse por lo imposible. A las cinco deciden regresar a casa (porque los niños deben acostarse temprano). Primero meten a los niños en uno de los vagones de tranvía atestados de gentío dominical, luego se meten ellos y se

quedan apretujados en medio del traqueteo presuroso del convoy. Sin querer, Christine recuerda: el automóvil limpio y brillante por la luz matutina, el aire cargado de aromas que le peinaba las sienes, el asiento mullido, el paisaje que se recorría en un santiamén. Con los ojos cerrados, flota en una esfera extraña en medio de la aglomeración. No es consciente del tiempo que ha pasado. En eso, el cuñado le da unos golpecitos en el hombro para advertirle: — Tenemos que bajarnos. ¿Te vienes a tomar un café antes de coger el tren? Espera que me adelanto y os abro paso. El hombre avanza a empujones y como es pequeño y macizo, abre con los codos un estrecho pasillo entre los hombros, espaldas y barrigas que retroceden con dificultad. Ya se encuentra ante la puerta cuando estalla el follón. —No me clave el codo en el estómago, so estúpido —grita furioso un hombre alto y flaco vestido con una capa. — ¿Quién es el estúpido? —responde encolerizado el cuñado—. ¿Quién es el estúpido? El hombre de la capa se abre camino a duras penas, mientras los otros miran perplejos. A punto está de iniciarse la discusión cuando, de golpe, la voz colérica del cuñado cambia de tono: —Caramba, Ferdinand, a punto he estado de meterme contigo. El otro también se sorprende y ríe. Los dos se cogen de las manos y se miran a los ojos. No se sueltan, y el revisor se ve obligado a avisarles: — ¡Si los señores quieren bajarse, que se den prisa! No tenemos tiempo. —Venga, tienes que bajarte con nosotros, que vivimos aquí al lado. ¡Ven, ven! Al hombre alto y flaco vestido con una capa se le ha iluminado la cara. Mirando al cuñado de arriba abajo, le pone la mano en el hombro. —Encantado, Franz, iré con vosotros. Se apean. El cuñado se para en la estación y jadea por el esfuerzo y por la sorpresa; su cara brilla como si estuviese untada de grasa. —Caramba, que uno vuelva a verse en esta vida... Cuántas veces me he preguntado dónde estabas y siempre me decía que debía escribir al hotel en que te hospedas. Pero ya sabes, uno siempre olvida y aplaza las cosas. Y ahora, de pronto, apareces aquí. ¡Caray, qué alegría! El extraño se halla frente a él y también se alegra; se le nota por el ligero temblor en los labios. Pero él, más joven, se domina mejor. —Bueno, bueno, ya te creo, Franz —dice y desde su altura le da unas palmaditas en el hombro—, pero ahora preséntame a las señoras. Una será sin duda Nelly, tu mujer, de la que tanto me hablaste. —Claro, claro, espera. Es que me he quedado de una pieza. ¡Qué alegría, Ferdinand! —Y volviéndose a su esposa—: Sabes, es Ferdinand, Ferdinand Farmer, del que tanto te he hablado. Dos años pasamos juntos en el mismo barracón allá en Siberia. El único, lo digo en serio, Ferdinand, y tú lo sabes, el único tipo honrado en medio de toda esa gentuza serbia y rutena con la que nos metieron, el único con el que se podía hablar y del que uno podía fiarse. ¡Caramba! Pues ahora subes a nuestra casa, que estoy intrigadísimo por saberlo todo. Vaya, si me hubieran dicho esta mañana que tendría una alegría tan grande... Si hubiera cogido el tranvía siguiente, probablemente no nos habríamos visto nunca más en la vida. Christine jamás ha visto tan ágil y animado a su cuñado, un hombre normalmente sosegado y flemático; sube casi corriendo las escaleras de la casa y deja que el primero en entrar sea el amigo, el cual responde con superioridad sonriente y condescendiente al entusiasmo de su camarada de guerra. —Venga, quítate la chaqueta, ponte cómodo, aquí, siéntate aquí en el sillón... Nelly, un café, schnaps y cigarrillos... Bueno, déjame echarte un vistazo. Pareces más joven, se te ve terriblemente delgado, a decir verdad. Habría que cebarte, hombre... El extraño se deja observar de buena gana; por lo visto, la alegría infantil le sienta bien. Su rostro duro y tenso, con una frente pronunciada y pómulos que parecen esculpidos, se relaja poco a poco. Christine también lo contempla y trata de recordar un cuadro que vio esa misma mañana en la pinacoteca, el retrato de un monje pintado por un español; ya no recuerda el nombre, sino sólo la cara ascética, huesuda, casi carente de carne y las líneas tensas en torno a las aletas nasales. El extraño, visiblemente de buen humor, da una palmada al brazo del cuñado: —Tal vez tengas razón, quizá deberíamos haber compartido más tiempo aquellas conservas. Podrías dejarme un poco de tu grasa, que tanta no te hace falta y tu mujer, espero, tampoco tendría nada en contra. —Pero ahora cuéntame, Ferdinand, que me muero de curiosidad: cuando fuimos trasladados por la Cruz Roja, yo fui en el primer transporte, y tú tenías que seguirnos al día siguiente con los setenta restantes... Dos días nos pasamos sentados en la frontera austriaca. No había carbón para los trenes. Y dos días estuve esperando, hora tras hora, por ver cuándo llegabas... Fuimos diez, veinte veces al jefe de estación para pedirle que averiguara por telégrafo, pero, claro, el caos era total, y al cabo de dos días proseguimos nuestro viaje: diecisiete horas desde la frontera checa hasta Viena. ¿Y tú? ¿Y vosotros? —Pues habrías estado dos años sentado en la frontera esperándonos. Tuvisteis suerte y nosotros pagamos el pato. Media hora después de vuestro transporte llegaron los telegramas: que las legiones checas hicieron volar las vías del ferrocarril, así que nos llevaron de vuelta a Siberia. No era una broma, claro, pero no creímos que fuera nada grave. Serán ocho días, diez días, pensábamos, a lo sumo un mes. A nadie se le habría ocurrido pensar que duraría dos años, y sólo sobrevivimos una docena de los setenta. Que los rojos, que los blancos, que Wrangel, siempre la guerra, siempre adelante y atrás, nos sacudieron como si fuésemos granos en un saco. Tuvo que llegar el año 1921 para que la Cruz Roja nos rescatara a través de Finlandia. Sí, querido, pasé por muchas cosas y entenderás que no eran tiempos para echar carnes. — ¡Qué mala suerte! ¿Escuchas, Nelly? Por culpa de media hora. Y yo que no tenía ni la más remota idea de ello. No

tenía ni la menor idea de que os quedasteis allá en la mierda, ¡y precisamente tú! ¿Y qué hiciste en esos dos años? — Si te contara todo, querido, hoy no acabaríamos. Creo que hice todo cuanto un ser humano puede hacer. Ayudé en la siega, en la construcción de fábricas, repartí periódicos y aporreé máquinas de escribir, luché durante dos semanas en el ejército rojo cuando se hallaba ante las puertas de nuestra ciudad y mendigué entre los campesinos cuando entraron. Bueno... no hablemos de ello. Cuando lo pienso, ni yo mismo entiendo cómo puedo estar aquí sentado fumando un cigarrillo. El cuñado se muestra sumamente nervioso: — ¡Caray! ¡No me lo puedo creer! Uno no es consciente de la suerte que ha tenido. Cuando pienso que tú, Nelly, y los niños habríais pasado dos años solos, no me lo puedo imaginar... ¡Y a un tipo tan bueno como tú... que le hayan dado en la crisma! ¡Caray! ¡No me lo puedo creer! Gracias a Dios que al menos estás bien, que a pesar de toda la mala fortuna hayas tenido la suerte de que no te pasara nada. El extraño coge el cigarrillo encendido y lo aplasta con furia en el cenicero. Su rostro se ha ensombrecido de golpe. —Pues sí, tuve suerte como quien dice... No me ocurrió nada, o casi nada, salvo dos dedos rotos, en el último día para colmo. Pues sí, tuve suerte como quien dice. Sólo me pilló levemente. Fue el último día, ya no aguantábamos más, éramos los últimos, habíamos sido embanastados en un alojamiento miserable, y entonces despejamos un vagón de transporte de trigo, sólo para seguir adelante, setenta hombres en vez de los cuarenta permitidos en un vagón, uno pegado al otro. No te podías dar la vuelta, y cuando alguien tenía una necesidad... pues... prefiero no contarle ante las señoras. En la siguiente estación entraron otros veinte. Se golpeaban con culatas para sacar ventaja, y uno hacía entrar al otro a presión, y así se iban metiendo uno tras otro a pesar de que cinco o seis ya habían sido aplastados, y así viajamos durante siete horas, uno atomillado en el otro, entre gemidos, gritos, resuellos, sudor y peste. Yo estaba de cara a la pared y me apoyaba con las manos para evitar que me aplastaran el tórax contra la madera, y así se me rompieron dos dedos y un tendón, seis horas pasé en esta posición, casi asfixiado, sin una gota de aire en el pecho. La cosa mejoró en la siguiente estación: sacaron a cinco cadáveres, dos de ellos muertos por aplastamiento y tres por asfixia, y así seguimos viajando hasta la noche. Pues sí, tuve suerte como quien dice, sólo se me rompieron un tendón y dos dedos... ¡Un pequeño detalle! Alza la mano y muestra: el tercer dedo no se dobla. —Pues sí, un pequeño detalle, un único dedo después de toda una guerra mundial y de cuatro años en Siberia. Pero la gente no imagina lo que significa un dedo muerto en una mano viva. No puedes dibujar si quieres ser arquitecto, no puedes escribir a máquina en una oficina, no puedes echar una mano donde hay un trabajo duro. Un ridículo tendoncillo, delgado como una raya, y toda una carrera pende de ese hilo. Es como si al dibujar la planta de una casa te equivocaras por un milímetro, una insignificancia, y el edificio se viniera abajo. Franz, consternado, repite una y otra vez su expresión de impotencia y desconcierto: — ¡Caray! ¡No me lo puedo creer! ¡Caray! ¡No me lo puedo creer! Se le nota que querría acariciar aquella mano; también las mujeres se han puesto serias y contemplan al extraño con interés. Por último, el cuñado se serena y pregunta: —Sigue contando... ¿Y qué hiciste después de volver? —Pues lo que siempre te decía. Quise seguir estudiando en la universidad técnica, continuar allí donde se cortó el hilo, sentarme a los veinticinco años en el banco del que me levanté a los diecinueve. Habría podido aprender a dibujar con la izquierda, pero había un obstáculo... otro detalle. — ¿Qué? —Pues que las cosas están montadas de tal manera en este mundo que el estudio cuesta un montón de dinero, y ese detalle me faltaba... ¡siempre los detalles! —Sí, pero ¿cómo? ¿No tenías siempre dinero, una casa allá abajo en Merano y los campos y la granja y el estanco y la tienda...? Tú me lo contaste... y a todo esto, tenías una abuela que siempre ahorra, no soltaba ni un botón y dormía en el cuarto helado porque le daba pena encender el papel y la viruta de madera. ¿Qué le pasó? —Pues sí, un hermoso jardín y una casa hermosa que es casi un palacio. Acabo de venir en tranvía de Lainz, de la casa de beneficencia donde la han acogido a duras penas. Por cierto, tiene dinero, y mucho, guardado en una caja llena a rebosar. Doscientas mil coronas contiene, en buenos y viejos billetes de mil. Durante el día guarda su tesoro en el armario y de noche bajo la cama. Los médicos se ríen de ella y los vigilantes se divierten. Doscientas mil coronas, porque como buena austriaca que es vendió todo cuanto poseía allá en el sur, los viñedos, la granja y el estanco, pues no quería ser italiana, y lo invirtió todo en billetes de mil coronas, hermosas y recién salidas de la imprenta, de ésas que paría la guerra. Pues bien, las escondió debajo de la cama en una caja y jura que algún día valdrán algo, que no puede ser que veinte o veinticinco hectáreas y una bella casa de piedra y unos muebles heredados de primera calidad y cuarenta o cincuenta años de trabajo se esfumen para toda la eternidad. Claro, todavía cree en el buen Dios y en su justicia terrenal. Ha sacado la pipa del bolsillo, la carga con vehemencia y empieza a fumar. Christine percibe la ira inherente a esos movimientos. Conoce la rabia fría, dura y sarcástica y simpatiza con ella. La hermana, enfadada, aparta la vista. Crece en ella de forma visible el rechazo a este hombre que, sin miramiento, llena el cuarto de humo y trata a su marido como si fuese un escolar. No le gusta este sometimiento a un hombre mal vestido, hostil y —lo nota en el ambiente— cargado del espíritu de la rebelión que se dedica a lanzar piedras al estanque de su vida apacible. El propio Franz parece aturdido; se limita a mirar a su

compañero con expresión al mismo tiempo bonachona y aterrada y balbucea una y otra vez su frase vacua: — ¡Caray, no me lo puedo creer! — Necesita tiempo para recobrar la serenidad y vuelve a la carga: — Vaya, y entonces ¿qué? ¿Qué hiciste? — Pues esto y aquello. Primero creía que un pequeño ingreso me alcanzaría para proseguir los estudios, pero no fue así, porque apenas daba para mi comida diaria. Pues sí, querido Franz, los bancos, las oficinas públicas y los comercios no esperaban a un hombre que se tomó unas inútiles vacaciones adicionales de dos años en Siberia y que acaba de llegar con una mano que sólo sirve a medias. En todas partes: «Lo siento, lo siento», en todas partes se han instalado los otros, los de culos gordos y dedos sanos, en todas partes me hallaba en desventaja por culpa de mi «detalle». — Pero... ¿no tenías derecho a una pensión de invalidez? ¿No estás total o parcialmente incapacitado para el trabajo? Debes recibir un subsidio porque tienes derecho a percibirlo. — ¿Tú crees? Pues yo también. Y considero asimismo que el estado tiene el deber de ayudar a una persona que perdió una casa, unos viñedos, un dedo y un total de seis años de su vida. Pero, mi querido amigo, en Austria todos los caminos se tuercen, y yo también creía que bastaba acudir a la oficina pública, demostrarles que presté mi servicio aquí y allá y mostrarles mi dedo. Pero no: primero tenía que presentarles pruebas de que padecí la lesión en la guerra o de que era una consecuencia de los hechos bélicos. Tal cosa no resulta fácil por cuanto la guerra acabó en 1918 y la lesión se produjo en 1921 en circunstancias en que nadie estaba en condiciones de abrir un expediente sobre el asunto. Sea como fuere, esta parte tenía solución. Pero los señores hicieron luego un enorme descubrimiento... Sí, Franz, te asombrarás, pues resulta que ni siquiera soy ciudadano austriaco. Según el certificado de nacimiento, nací y pertenezco al distrito de Merano, y para ser ciudadano austriaco debería haber optado en su día. ¡O sea que todo se fue al traste! — Sí, pero... pero ¿por qué no optaste por la nacionalidad austriaca? — Por el amor de Dios, tu pregunta es tan estúpida como las de ellos. Como si en los barracones y las cabañas de paja de Siberia hubieran expuesto el diario oficial austriaco en 1919. Mi querido amigo, en nuestra aldea tártara no sabíamos si Viena pertenecía a Bohemia o a Italia y además nos importaba un rábano, porque sólo nos interesaba saber dónde podíamos conseguir un trozo de pan para meter entre los dientes y cómo sacarnos los piojos y dónde encontrar una caja de cerillas o un puñado de tabaco a cinco horas de distancia. O sea que muy bien, debería haber optado por Austria. Bueno, al menos me dieron un papelucho ya relleno según el cual yo, probablemente, era «ciudadano austriaco conforme al artículo 65, así como a los artículos 71 y 74 del tratado de paz de Saint-Germain del 10 de septiembre de 1919». Pero yo te vendo el papelito ese por una cajetilla de cigarrillos egipcios porque a todo esto no he recibido ni un centavo de todas las oficinas públicas recorridas. Franz se pone entonces en movimiento. De pronto se siente a gusto porque tiene la sensación de poder ayudar. — Oye, esto te lo arreglo yo. Tú confía en mí. Ya lo sacaremos adelante. Si hay alguien que ha sido testigo de tus años de servicio en el ejército, ése soy yo, y además conozco a los diputados del partido, que me abrirán el camino, seguro, y recibirás una recomendación del ayuntamiento... Tú confía en mí, que lo vamos a sacar adelante. — Gracias, amigo, por la comida y la bebida. Pero no daré ni un paso más. Estoy hartado. No sabes la de papeles que he tenido que reunir, papeles militares, papeles civiles, de la alcaldía, de la embajada italiana, el certificado de falta de recursos y no sé cuántas porquerías más. He gastado en sellos más de lo que uno ingresa en un año mendigando y me he desollado los pies de tal manera que ya me arde el corazón. Estuve en la cancillería federal, en el ministerio del ejército, en la policía, en el ayuntamiento. No existe una puerta que no me hayan señalado, ni una escalera que no haya subido y bajado, ni una escupidera en que no haya escupido. No, querido... prefiero reventar a hacer otra vez el peregrinaje de burro de despacho en despacho. Franz lo mira asustado, como si lo hubiera pillado cometiendo una injusticia. Su propia comodidad lo agobia y la percibe como una culpa. Se acerca: — Sí, pero ¿a qué te dedicas? — A esto y a lo otro. Lo que encuentro. Por el momento estoy en una obra en Floridsdorf como supervisor técnico, una cosa a medio camino entre arquitecto y capataz. Bastante bien pagado, por cierto, y me retendrán hasta que acabe la obra o la empresa quiebre. Después seguro que encontraré algo, no me preocupa. Pero en cuanto a lo que te conté allá en la cama de campaña, aquello de ser arquitecto y de construir puentes, pues aquello se ha ido al traste. Ya no recupero el tiempo que perdí durmiendo, fumando y tonteando. La puerta académica está cerrada y ya no la abriré, la llave me la arrancaron de la mano con la culata del fusil al comienzo de la guerra y ahora yace enterrada en el fango siberiano. Pero dejémoslo... Dame un coñac... Lo único que se aprende en la guerra es el schnaps y los cigarrillos. Dócilmente, Franz le sirve una copa. Las manos le tiemblan. — ¡Caray, no me lo puedo creer! Que un tipo como tú, listo, bueno y aplicado, tenga que matarse trabajando. Es realmente una vergüenza. Habría jurado que llegarías a lo más alto. Si alguien se lo merece, ése eres tú. De todos modos, es necesario que esto cambie. Algo saldrá, que lo digo yo. — ¿Necesario, dices? ¡Vaya! Eso mismo he creído yo durante los cinco años que llevo aquí desde mi regreso. Pero la necesidad es una nuez dura y no siempre cae del árbol, por mucho que lo sacudas. El mundo tiene un aspecto un poco diferente de como lo aprendimos en el catón, aquello de «sé siempre honrado y fiel...» No

somos lagartijas, a las que las colas les crecen enseguida cuando se las arrancan. Querido, cuando te han extirpado seis años del cuerpo vivo, los años que transcurren entre los dieciocho y los veinticuatro, uno queda inválido, incluso aunque, como tú dices, haya tenido la suerte de llegar a casa. Cuando busco un trabajo, no sé más que cualquier aprendiz o que un estudiante de bachillerato dado a hacer novillos, y cuando me miro en el espejo parezco tener cuarenta años. Hemos nacido en una mala época, no hay médico que te cure los seis años extirpados del cuerpo, y ¿quién me da algo a cambio? ¿El estado? ¿El estafador número uno, el ladrón número uno? Dime, entre vuestros cuarenta ministerios, el de justicia, el de bienestar público y comercio en la paz y en la guerra, dime uno que se dedique realmente a la justicia. Nos metieron en la guerra y nos tocaron la marcha de Radetzky y el «Dios conserve» y ahora nos tocan otra música. Sí, querido, visto desde el fango, el mundo no parece un lugar agradable. Franz permanece sentado, consternado, no observa la mirada furiosa de su mujer, y en su turbación empieza a disculpar a su amigo. —Caray, cómo hablas, Ferdinand. No te reconozco. Deberíais haberlo visto allá: era el más bondadoso y paciente de todos, la única persona honrada en medio de toda esa gentuza. Todavía recuerdo cuando lo trajeron, a un muchachito delgado de diecinueve años. Los otros estaban felices y contentos de que para ellos hubiera acabado el follón, sólo él se mostraba pálido de rabia porque lo hicieran prisionero durante la retirada, porque lo sacaran directamente del vagón, por no poder luchar y morir por la patria. La primera noche, todavía me acuerdo, pues nunca habíamos visto nada parecido, a un chiquillo recién salido de la madre y del párroco y metido en la guerra... la primera noche, digo, se arrodilló y rezó. Cuando alguien se burlaba del emperador o del ejército, él se disponía a agarrarlo del cuello. Así era, el más decente de todos nosotros, y todavía creía en todo cuanto decían los periódicos y las disposiciones del regimiento... Y ahora... ¡mirad cómo habla ahora! Ferdinand le lanza una mirada sombría: — Ya sé que por aquel entonces lo creía todo, como un escolar. Pero ¡vosotros me lo habéis sacado! ¿No decíais desde el primer día que nuestros generales eran unos imbéciles, que los oficiales encargados del avituallamiento robaban como cuervos y que todo aquel que no levantaba los brazos era un burro? ¿Y quién era el primer bolchevique, tú o yo? ¿Quién, gracioso, pronunciaba discursos sobre el socialismo universal y la revolución mundial? ¿Quién fue el primero en coger la bandera roja y en dirigirse al campamento de los oficiales para arrancarles las escarapelas? ¡Venga, acuérdate! ¿Quién se mandó el gran discurso desde el palacio del gobernador junto al comisario soviético, diciendo que los soldados austriacos prisioneros habían dejado de ser mercenarios del emperador y eran soldados de la revolución mundial, que se marcharían a casa para derribar el orden capitalista y construir el reino del orden y de la justicia? A ver, ¿y qué pasó con toda aquella limpieza una vez que volvías a tomar tu querido pernil y tu jarra de cerveza? ¿Dónde, señor supersocialista, habéis hecho vuestra revolución mundial, si me permites la pregunta? Nelly se levanta bruscamente y se pone a trajinar con la vajilla. Ya no oculta la ira por el hecho de que su marido se deje reprender como un niño por el forastero. Christine, sin embargo, observa su cólera y se siente extrañamente cómoda; querría soltar una carcajada al ver a su cuñado, al futuro alcalde del distrito, encogerse cohibido y disculparse. —Hicimos todo cuanto habíamos de hacer. Como ves, hicimos la revolución en el primer día... — ¿La revolución? Deja que me fume otro cigarrillo y me cague en vuestra revolución de angelitos. Le habéis dado la vuelta al letrero de la real e imperial empresa y lo habéis pintado de nuevo, pero, obedientes y respetuosos como sois, habéis dejado el tenderete tal como estaba: lo de arriba, arriba, lo de abajo, abajo, y habéis evitado meter el puño a fondo y ponerlo todo patas arriba. Habéis montado una pieza de Nestroy, pero no una revolución. Se levanta, se pasea con ímpetu por la habitación y se detiene de golpe ante Franz. —Ojo, no me malinterpretes, no soy de la Bandera Roja. Presencié desde la primera fila lo que es una guerra civil, y no lo olvidaré nunca aunque me quemen los ojos. Cuando los soviéticos reconquistaban un pueblo —la cosa iba y venía tres veces entre los rojos y los blancos—, nos reunían a todos para enterrar los cadáveres. Los sepulté con mis propias manos, cadáveres carbonizados y destrozados de niños, mujeres y caballos, todo sin orden ni concierto, todo terror y hedor; desde que conozco el significado de una guerra civil, no participaría ni aunque sirviera para traer la justicia eterna del cielo, porque a cambio te piden que dejes a personas vivas en tal estado. A mí ya no me interesa, no me importa, ya no soy ni comunista ni capitalista, que me da todo igual, a mí sólo me preocupa una cosa, el hombre que soy, y el único estado al que estoy dispuesto a servir es mi trabajo. Si la siguiente generación será feliz, si será de éste o de otro modo, si será comunista o fascista o socialista, me importa un rábano, a mí sólo me interesa reensamblar mi vida destrozada y llevar a cabo aquello para lo cual nació. Cuando esté donde quiero estar, cuando vuelva a tener tiempo para respirar, cuando haya ordenado mi vida, entonces tal vez pensaré después de cenar en cómo poner orden en el mundo. Pero primero he de saber dónde estoy: vosotros tenéis tiempo para ocuparos de otras cosas, yo sólo de las mías. Franz hace un gesto. —No, Franz, no me refiero a ti. Sé que eres un buen tipo, conozco todas tus fibras, sé lo que eres capaz de hacer, que por mí sacarías todo cuanto hay en el Banco Nacional y me nombrarías ministro. Sé que eres un bonachón, pero ésa es precisamente nuestra culpa, nuestro crimen, el haber sido unos bonachones, unos

crédulos, y por eso los demás hicieron con nosotros cuanto querían. No, querido, ya no es ese mi caso. A mí no me engañan más diciendo que otros lo tienen peor, que la «suerte» me acompaña porque aún tengo juntos los huesos y no debo andar con muletas. A mí no me vengan con que basta respirar y tener algo para alimentarse, que con eso todo está en orden. Ya no creo en nada, ni en Dios, ni en el estado, ni en un sentido del mundo, en nada mientras no perciba que se ha hecho justicia conmigo, que he adquirido el derecho a la vida, y mientras no me lo concedan, diré que me han robado y estafado. No cederé hasta sentir que estoy viviendo mi vida verdadera y que no recibo los restos de cuanto los otros arrojan o vomitan. ¿Me entiendes? —Sí. Todos alzan la vista bruscamente. Alguien acaba de decir «sí» en voz alta y apasionada. Christine percibe la mirada de todos y se pone colorada. Sólo es consciente de haber pensado y sentido con intensidad este «sí» en su interior; sin que se diera cuenta, la palabra le ha salido de entre los labios. Ahora, avergonzada, es el foco de la repentina curiosidad de todos. Silencio. Nelly se levanta de un salto. Por fin tiene la oportunidad de descargar su ira. — ¿Tú qué te metes? ¿Tú qué entiendes? ¡Como si hubieras tenido algo que ver con la guerra! De pronto, el cuarto arde, preñado de energías. Christine también se alegra de poder desahogar su cólera. — ¡Nada, nada! Sólo sé que por culpa de la guerra acabamos en la miseria. Has olvidado que teníamos un hermano y que papá se vino abajo y todo eso... todo... —Pero tú no, a ti no te faltó nada, tienes una buena posición y deberías estar contenta... —Sí, sí, contenta. Aún he de dar las gracias por estar allí fuera, en esa aldea de mierda. A ti, por lo visto, no te gustaba mucho, porque sólo venías a visitar a mamá a cada muerte de obispo. Lo que dice el señor Farmer es cierto. Nos robaron los años y no nos dieron nada, ni un solo momento de quietud, de alegría, ni vacaciones ni descanso. —Conque nada de vacaciones... Acaba de llegar de Suiza, de los hoteles más elegantes, y todavía se queja. —No me he quejado a nadie, sólo a ti te oía quejarte durante la guerra. Y aquello de Suiza... Precisamente porque lo he visto, puedo hablar. Sólo ahora sé lo que... lo que nos han quitado... cómo nos destrozaron la vida... lo que yo... De pronto se siente insegura. Percibe la mirada penetrante y excitada del extraño. Cohibida, siente que quizás ha revelado demasiado de sí misma y baja el tono de voz. —No quiero compararme con nadie, por supuesto, pues los otros padecieron más. Pero cada uno de nosotros está harto, a cada uno le ha tocado su parte. Yo nunca he dicho nada, ni he supuesto una carga para nadie, ni me he quejado. Pero si me dices... — ¡Silencio! No quiero peleas —interviene Franz—. ¿De qué os sirve? Aquí no vamos a arreglar nada. Y nada de política, que al final la gente acaba enfrentada. Hablemos de otra cosa, y sobre todo dejadme la alegría. No sabéis la alegría que me da verlo otra vez a mi lado, y por mucho que eche pestes y me reprenda, yo me alegro. Así, vuelve a reinar la paz y el aire se refresca como después de una tormenta. Todos disfrutan por unos instantes del silencio y del relajamiento, y Ferdinand se levanta de su asiento y dice: —Ahora me tengo que ir. Hazme el favor, llama a tus hijos, que los quiero ver otra vez. Traen a los niños, que miran curiosos y asombrados al extraño. —Éste es Roderich, el niño de preguerra. De él sí que estoy informado. Y el segundo, el pequeñín, el póstumo, por así decirlo, ¿cómo se llama? —Joachim — ¡Joachim! ¿No debería haberse llamado de otra manera, Franz? Franz se asusta: —Dios mío, Ferdinand. Lo había olvidado del todo. Imagínate, Nelly, no pensé en ello... Nos habíamos prometido hacer mutuamente de padrinos cuando volviéramos y tuviéramos hijos. Lo había olvidado del todo. ¿No estarás enfadado, no? —Querido, creo que nosotros dos nunca podremos enfadarnos el uno con el otro. Ya tuvimos tiempo suficiente para pelearnos, pero ya ves, ahí está el problema. Con el tiempo lo olvidamos todo. Quizá sea mejor así... —Le acaricia el pelo al niño y se le iluminan los ojos—. A lo mejor mi nombre no le habría traído suerte. A partir de ese momento se tranquiliza del todo. Desde el contacto con el niño, una expresión infantil se ha despertado en su rostro. Se acerca a la esposa sin mostrar inquietud alguna, con afán conciliador: —Usted perdone, señora... Sé que soy un huésped incómodo y ya me he dado cuenta de que usted no se alegraba mucho de cómo trataba yo a Franz. Pero cuando hemos pasado dos años sacándonos los piojos el uno al otro, afeitándonos el uno al otro, comiendo del mismo cuenco y durmiendo en la misma porquería, sería una verdadera estafa si nos controláramos y nos habláramos en tono elegante. Cuando uno se encuentra con un viejo compañero, también vuelve al discurso de antes, y si le he regañado un poco, sólo es porque por un momento estaba enfadado. Pero tanto él como yo sabemos que nunca nos separaremos del todo. Sólo quiero pedirle perdón a usted... Sé que cuando baje las escaleras, usted se sentirá feliz. Le juro que la comprendo. Nelly oculta su enfado. El hombre dijo exactamente lo que ella pensaba. —No, no, venga usted cuando quiera, que para mí será una alegría. Y a él le hace muy bien tener a alguien. Venga usted un domingo a comer, que todos nos alegraremos. Pero la palabra «alegría» suena un poco falsa, y también la mano que estrecha Ferdinand es fría y extraña. Luego se despide de Christine sin decir palabra. Ella siente por un segundo los ojos cálidos y curiosos. Luego, el extraño se dirige a la puerta, y Franz le sigue. —Te acompaño hasta el portal. Apenas han salido, Nelly abre las ventanas con gesto vehemente. — ¡Cómo han llenado el cuarto de humo! Es para matarte de asfixia —dice a Christine como pidiendo disculpas y golpea el cenicero lleno contra la chapa del alféizar, de suerte que se oye un ruido tan agudo y estridente como su voz. Christine comprende

el gesto. Al abrir las ventanas, quiere expulsar todo cuanto ha entrado con este hombre. Mira a su hermana como si fuese una extraña: qué dura se ha vuelto, qué enjuta de carnes, y eso que antes era ágil y ligera. Eso le viene de la avaricia, ahora se aferra a su hombre como al dinero. No se desprende de él, ni siquiera para dar algo a un amigo. Todo él debe ser para ella, debe trabajar y ahorrar, dócil y obediente, para que ella no tarde en convertirse en mujer del alcalde de distrito. Por primera vez en su vida mira a la hermana, a la que siempre se subordinó respetuosamente, con odio y con desprecio, porque no entiende lo que no quiere entender. Por fortuna, Franz vuelve. El silencio vuelve a ser denso y peligroso en el cuarto. Se acerca a las dos mujeres con ademán inseguro. Con pasos blandos y breves, como cuando se pisa terreno movedizo. —Aún le habéis dado un buen rato al pico allá abajo. Ya está bien, porque seguramente tendremos el placer de verlo más veces. Cuando alguien está abajo, le gusta subir las escaleras de los otros. Franz se queda de una pieza: —Pero Nelly... ¿qué estás diciendo? No tienes ni la menor idea de cómo es este hombre. Si hubiera querido venir y conseguir algo, lo habría hecho hace tiempo. Habría averiguado mi dirección a través del directorio. ¿No entiendes que no vino precisamente porque estaba mal? Él sabe perfectamente que le daría todo cuanto necesita. —Sí, sí, muy dadivoso eres cuando se trata de gente como él. Por mí, encuéntrate con él cuando quieras, no te lo prohibo. Pero en casa ya me basta. Mira el agujero que ha hecho con el cigarrillo y mira esto, el suelo, tu amigo ni siquiera se limpió las suelas de los zapatos, o sea que ya puedo barrer. De modo que, lo dicho: si te hace gracia, no te lo prohibiré. Christine aprieta los puños, siente vergüenza por su hermana, siente vergüenza por el cuñado que se mantiene en una posición sumisa y pretende dar explicaciones a su mujer que, dura, le ha dado la espalda. El ambiente resulta irrespirable. Se levanta. —Ahora tengo que irme, pues de lo contrario no cogeré el tren. Os pido disculpas por haberos retenido tanto tiempo. —No te preocupes —responde la hermana— y vuelve pronto. Lo dice como cuando se saluda a un forastero. Algo extraño se alza entre las dos; una odia la rebeldía de la otra, y ésta, la comodidad de la primera. Mientras Christine baja las escaleras, siente de pronto la vaga sensación de que el extraño la espera abajo. En vano intenta ahuyentar la idea considerando que el hombre sólo la miró fugazmente con cierta curiosidad y no intercambiò con ella ni una palabra. Christine no sabe si desea el encuentro, pero la idea se aferra a ella con sorprendente tenacidad y a cada escalón que baja penetra más y más en su interior hasta convertirse casi en certeza. Así las cosas, no se asombra cuando franquea el portal: la capa gris cruza ondeando la calle, y el extraño se planta ante ella con una expresión de inquietud y de timidez en el rostro. —Perdone, señorita, que la haya esperado —dice de pronto con algo así como una segunda voz, una voz cohibida, avergonzada y discreta, muy distinta de aquella otra, dura, enérgica y agresiva—, pero es que todo el tiempo me torturaba la idea de que... de que su hermana se enfadara con usted... Quiero decir, porque empleé un tono rudo con Franz y porque usted... porque usted me dio la razón... Siento haberlo atacado... Sé que no es lo correcto cuando uno está invitado a una casa ajena, que no es correcto hablar así ante gente extraña, y juro que no lo hice con mala intención, sino todo lo contrario... es un tipo tan bueno y honrado, un amigo tan leal, un hombre bondadoso de los que se ven pocos... En serio, cuando lo vi delante de mí, me entraron ganas de abrazarlo, de besarlo, de mostrarle mi alegría como él me la mostró a mí... Pero usted debe entenderlo, yo sentía vergüenza... sentía vergüenza ante usted y su hermana porque el sentimentalismo resulta cómico en presencia de otros... Precisamente porque me daba vergüenza, me insolenté con él como un estúpido... en serio, no pude evitarlo, simplemente no pude. Me vino muy a pesar mío cuando lo vi allí sentado, a sus anchas, con su barriguita, su taza de café y su gramófono, de modo que sentí la necesidad de provocarlo y de burlarme un poquito de él... Usted no lo conoció allá fuera, era el más impetuoso, de la mañana a la noche no paraba de hablar de la revolución, de asestar el golpe y de poner orden, y cuando lo vi allí sentado, tan dócil, tan débil y blandengue, tan satisfecho con todo, con su mujer, sus hijos, su partido y su vivienda municipal engalanada de flores en el balcón, tan complacido y aburguesado... pues me entraron ganas de pincharlo y de fastidiarlo, y a todo esto su hermana creía, claro, que yo lo envidiaba porque le iba bien... Pero le juro que me alegraba de que le fuera tan bien y si le eché una filípica sólo fue porque tenía ganas de darle unas palmaditas en el hombro o de cogerlo del brazo y darle unos golpecitos en la barriga y lo único que me pasaba era que me daba vergüenza hacerlo ante ustedes... Christine no puede evitar una sonrisa. Entiende todo, incluso el placer de dar unos golpecitos benévolos y burlones en la barriga del cuñado. —No —dice ella para tranquilizarlo—, yo lo entendí enseguida. Era un pelín embarazoso que Franz se mostrara tan impulsivo en su alegría. Tenía ganas de envolverlo a usted en algodón, y entiendo que uno sienta vergüenza en esos casos. —Me alegra... que lo diga. Su hermana no se dio cuenta, o tal vez se fijó correctamente en que Franz, no bien me vio, se convirtió de alguna manera en otro... En alguien a quien ella no conoce y del que no sabe que desde la época en que convivimos encarcelados como dos prisioneros en una celda, día y noche y noche y día, sabemos el uno del otro tantas cosas que su propia mujer desconoce y que yo, si quisiera, podría conseguir todo de él, y él de mí. Ella lo percibía a pesar de que quise ocultarlo y hacer como si sintiera rabia o envidia por él... Es cierto, a lo mejor estoy lleno de rabia... pero no siento

envidia por nadie, quiero decir, envidia en el sentido de querer que me vaya bien y a los otros, mal... Deseo a cada uno su alegría, sólo eso... Pero ni yo ni nadie tiene la culpa de preguntarse cuando ve a los otros envueltos en su lana, abrigaditos... ¿por qué no yo también?... No sé si me entiende... no quiero decir: ¿por qué no yo en vez de...? sino simplemente... ¿por qué no yo también? Christine se detiene sin querer. El hombre que está a su lado acaba de expresar con precisión lo que ella piensa, lo que ella lleva pensando todo este tiempo. Ha manifestado con toda claridad lo que ella sentía de manera confusa. No quitar nada a nadie, pero tener su derecho, su trocito de vida, no estar siempre fuera y abajo, con los pies en la nieve, mientras los otros permanecen sentados dentro. El extraño malinterpreta el gesto de Christine, cree que, harta ya de su compañía, intenta despedirse. Está ante ella, indeciso, y se dispone a quitarse el sombrero. Ella sigue con la mirada el movimiento que surge de aquel cuerpo, repasa de una ojeada los zapatos desastrados y de mala calidad, los pantalones sin planchar y deshilachados en los bordes, y comprende que sólo el desgaste y la pobreza vuelven inseguro a aquel hombre de naturaleza enérgica. En ese instante se ve a sí misma delante del hotel, percibe el temblor que sintió en la mano que llevaba la maleta y entiende la inseguridad del extraño como si se hubieran intercambiado los cuerpos. Enseguida siente la necesidad de acudir en su ayuda, en ayuda de ese ser humano. —Tengo que ir a la estación —dice y observa no sin cierto orgullo que el extraño se estremece—. Pero si quiere usted acompañarme... —Sí, sí, encantado —responde él, y el despertar feliz y estremecido de esa voz vuelve a contener algo que la reconforta. El extraño puede seguir caminando a su lado. Pero no cesa de disculparse. —Fue una estupidez de mi parte, y me fastidia, no debería haber actuado así. No debería haber ignorado a su hermana, debería haber pensado en ella, es su mujer y yo, un extraño para ella. Debería haber preguntado primero por los hijos, si sacan buenas notas, a qué clase van y cosas referidas a ambos. Pero es que me vino cuando lo vi y me olvidé de todo, de pronto sentí una calidez y una plenitud pues es, al fin y al cabo, la única persona que me conoce y me comprende... No es que armonicemos... De hecho, es muy diferente de mí, mucho mejor, mucho más honrado... y viene de otro mundo y no entiende nada de lo que yo quiero y deseo... Pero lo cierto es que el destino nos juntó durante dos años, día tras día y noche tras noche, en un sitio apartado del mundo como si fuese una isla... Probablemente no podría explicarle nada de lo que me preocupa, pero, por otra parte, lo percibiría mejor que cualquier otro. No necesitamos hablar, sino sólo sentarnos frente a frente. No bien entré en la habitación, lo sabía todo sobre él... quizá más de lo que él mismo sabe, y él, a su vez, sabía... Por eso estaba tan cohibido, como si lo hubiera pillado en algo, y le daba vergüenza... no sé de qué, de su barriguita tal vez o porque se ha vuelto dócil y aburguesado... En aquel instante volvía a ser el otro, y la mujer no estaba, y usted tampoco estaba, y los dos habríamos querido que ustedes se fueran, sólo para hablar, para contarnos historias una noche entera... Sí, su hermana lo percibió, y sin embargo, desde que él sabe que yo estoy aquí y desde que yo sé que él está aquí, ambos nos sentimos reanimados. Ambos notamos que si a alguno le aprieta algo, tiene a quién acudir y con quién sincerarse. Porque los demás... no, eso no lo entiende usted ni yo puedo explicarlo, pero desde que volví de aquellos seis años en otro mundo, me siento como si hubiera regresado de la luna. Algo me resulta extraño en las personas con las cuales convivía antes. Cuando me siento a la mesa con los parientes o con la abuela, no sé qué decirles, no entiendo de qué se alegran, y todo cuanto hacen me resulta ajeno y absurdo. Es como... mirar desde la calle, a través de una ventana, cómo bailan en un café, sin oír la música. No sabes por qué se mueven a un compás que no oyes ni por qué ponen cara de arrobó. Hay algo en ellos que uno no entiende y hay algo en uno que ellos no entienden, y entonces te consideran envidioso o maligno, sólo por eso, porque no los comprendes y porque ellos no te comprenden... Es como si habláramos idiomas diferentes y deseáramos cosas diferentes... Pero perdóneme, señorita, estoy divagando y todo esto es mera tontería y yo no le pido que me entienda. Christine se detiene otra vez y lo mira. —Está usted equivocado —dice—, porque lo entiendo perfectamente. Entiendo todas y cada una de sus palabras. Es decir... hace un año, hace unos meses, tal vez no lo habría comprendido, pero desde que volví... —Se lo piensa dos veces y se frena en el último instante. A punto estaba de contarle todo al extraño. Por eso cambia de tono con rapidez—: Por cierto, debo decirle algo: no voy directamente al tren, sino que he de recoger primero mi maleta en el hotel en que pernocté esta noche. Pues resulta que llegué ayer por la tarde y no esta mañana como creían ellos... No quise decírselo a mi hermana porque se habría ofendido, pero el hecho es que no me gusta ser una carga para nadie, y sólo quería pedirle a usted... que cuando hable con mi cuñado, no lo mencione. —Por supuesto. Christine percibe en el acto la alegría y la gratitud por ese gesto de confianza. Van a recoger juntos la maleta; el extraño quiere llevarla, pero ella se lo prohíbe: —No, con su mano no, usted mismo nos ha contado... Sin embargo, se calla porque percibe su vergüenza. No debería haberlo dicho, piensa ella enseguida, no debería haberle mostrado que me acuerdo y que quizá le resulte pesada. Así pues, le deja la maleta. Llegan a la estación, donde faltan tres cuartos de hora hasta la salida del tren. Se sientan en la sala de espera y charlan. Hablan de cosas muy concretas, del cuñado, de la oficina de correos, de la situación política austriaca, de detalles y exterioridades. No profundizan en lo

íntimo, sino que sólo hablan de forma clara y armoniosa, y ella toma nota con respeto de la mente rápida y aguda del extraño. Al final llega el momento, y Christine se levanta y dice: —Creo que tengo que irme. El también se levanta, pero con cierto temor. El hecho de que le cueste visiblemente interrumpir la conversación conmueve y reconforta a Christine. Estará solo esta noche, piensa, y percibe al mismo tiempo con cierto orgullo que, por fin, vuelve a existir un ser humano que se preocupa por ella, que ella, el ser inútil, la ayudante de correos, empleada para vender sellos, para sellar telegramas y establecer comunicaciones telefónicas, posee algún valor para alguien. La cara consternada del extraño despierta en ella una repentina compasión; así pues, dice como si recordara algo de golpe: —Por cierto, también puedo coger el tren que sale más tarde. A las diez y veinte parte otro tren, así que podemos pasear un rato y cenar en algún sitio... Es decir, si no tiene usted otro plan... Mientras pronuncia estas palabras, disfruta de la alegría imprevista que ilumina los ojos del hombre y le inunda el rostro y escucha complacida el jubiloso añadido: —No, ni el más mínimo. Dejan la maleta en la consigna de la estación y caminan un rato sin rumbo por calles y callejuelas. Una niebla azul oscurece poco a poco un atardecer propio del mes de septiembre, y los faroles flotan como pequeñas lunas blancas entre los edificios. Callejean uno al lado del otro a paso lento y mantienen una conversación ingrávida y, por así decirlo, típica de paseantes. En algún sitio de la periferia descubren una fonda pequeña y barata en que pueden sentarse al aire libre en un patio donde un tabique de hiedra semitransparente separa una mesa de la otra. Están solos, pero no del todo; los otros pueden verlos, pero no oírlos. Ambos se alegran de encontrar un rincón desocupado en el patio de la fonda. Otros edificios se alzan alrededor del patio; una ventana se abre, un gramófono emite de forma difusa un vals, se oyen risas de las mesas contiguas y el pacífico hipo de algún bebedor solitario y corpulento, y en cada mesa se alza, cual flor cristalina, una vela dentro de una caja de vidrio, a cuyo alrededor zumban negros y curiosos los pequeños insectos. Es una tarde fresca y agradable. El extraño se quita el sombrero, y como está sentado justo frente a Christine, ella ve con toda nitidez su rostro iluminado por la vela tranquila: los huesos parecen esculpidos con la dureza de una talla de madera tirolesa y rayas y arrugas se dibujan junto a las comisuras de los ojos y de los labios: es una cara adusta y al mismo tiempo desgarrada. Pero este rostro oculta otro, así como su voz furiosa también esconde otra, y ese segundo rostro empieza cuando sonrío, cuando las arrugas se estiran y lo impulsivo de la mirada cede a la claridad. En ese momento emerge algo blando y pueril, casi como una cara infantil, confiada y delicada, y a Christine se le ocurre sin querer que así debe de haberlo conocido su cuñado, que así era en aquel tiempo. Los dos rostros se alternan de extraña manera durante la conversación. Tan pronto arquea las cejas o aprieta los labios con amargura, se proyectan de repente las sombras, y es como cuando una nube cruza y oscurece de improviso el verde de un prado. Qué extraño, piensa Christine, qué increíble: como si hubiera dos hombres en este hombre. Luego recuerda su propia metamorfosis y aquel espejo olvidado que ahora se halla, dispuesto para otras personas, a millas de distancia en una habitación. El camarero les trae los sencillos platos que han pedido y dos copas de vino blanco de Gumpoldskirchen. El extraño coge su copa, lanza una mirada brillante a Christine y la levanta para brindar. Pero cuando se incorpora un poco para alzar la copa, se produce un pequeño ruido, como un castañeteo. Un botón se ha desprendido de su chaqueta y rueda y gira, maligno, sobre la mesa antes de caer. El minúsculo incidente enseguida ensombrece su rostro. Intenta atrapar el botón para esconderlo, pero se da cuenta en el acto de que el pequeño episodio no ha pasado inadvertido, se turba y se vuelve sombrío y confuso. Christine procura no mirar. Este minúsculo signo la conmueve. ¡Nadie piensa ni se ocupa de él! Se percató en el acto, de forma instintiva, de que ninguna mujer lo atiende. Con mirada experta, ya constató que su sombrero estaba sin cepillar, que gruesas costras de polvo asediaban la cinta; el pantalón abombado, arrugado y sin planchar tampoco ha escapado a su examen. Así las cosas, ella entiende por experiencia propia su confusión. —Recójalo —dice—. Siempre llevo hilo y aguja en el bolso, porque la gente como nosotros tiene que hacerlo todo por su cuenta, o sea que ahora mismo se lo coso. — ¡Qué dice! —contesta él, asustado. De todos modos, obedece y se agacha para recoger en la gravilla al traidor huido, pero lo esconde en la mano, sin saber qué hacer y lleno de resistencia—. No, no —se disculpa—, ya haré que lo cosan en casa. —Y como ella insiste, se vuelve de golpe violento—. ¡No, no quiero! ¡No quiero! Con movimientos espasmódicos se abotona los dos botones restantes de la chaqueta. Christine no insiste. Se ha dado cuenta de que se avergüenza. Algo en su buena convivencia ha quedado destruido, y de pronto ve los labios apretados del extraño: ahora dirá algo maligno. Sea como fuere, se volverá agresivo porque siente vergüenza. En efecto, es lo que ocurre. Se encoge, por así decirlo, y lanza una mirada desafiante. —Sé que no voy bien vestido, pero no sabía que me mirarían. Era suficiente para la visita al hogar de beneficencia. De haberlo sabido, me habría vestido mejor o... para ser sincero, no es verdad. Lo cierto es que no tengo dinero para vestirme correctamente, no lo tengo o, al menos, no lo tengo todo de golpe. Una vez que me compro zapatos nuevos, se me estropea el sombrero, y cuando me compro el sombrero, la chaqueta ya está toda raída, y una vez pasa esto y otra vez pasa aquello, pero el hecho es que no puedo seguirle el ritmo al desgaste. Me es igual si es culpa mía o no. O sea que

tome usted nota de que voy mal vestido. Christine mueve los labios, pero antes de que pueda hablar, el hombre la interrumpe: —Por favor, nada de consuelos, que ya sé de antemano lo que me dirá: que la pobreza no supone ninguna vergüenza. Pero no es verdad: cuando uno no puede esconderla, es una vergüenza. No hay remedio, uno se avergüenza como se avergüenza cuando deja una mancha en una mesa ajena. Merecida o inmerecida, honesta o ruin, la pobreza hiede. Sí, hiede, hiede como un cuarto situado en planta baja mirando al patio de luces o como la ropa que no se cambia con la debida frecuencia. Uno mismo la huele, como si fuera estiércol. Y no se quita. No sirve ni ponerse sombrero nuevo ni enjuagarse la boca, que desprende un olor proveniente del estómago. Está a tu alrededor y se te pega, y todo el mundo que lo roza o que te mira lo percibe. Su hermana enseguida se dio cuenta; conozco esas miradas de mujer que te deshilachan cuando te miran el puño raído. Resulta muy embarazoso para los otros, pero, qué diablos, mucho más embarazoso es para uno mismo. No puedes escapar, no puedes superarlo, a lo sumo emborrachándote, y allí —añade, mientras coge la copa y bebe de manera ostensiblemente rápida y desenfadada—, allí reside el gran problema social, el por qué de que las capas más bajas de la sociedad beben relativamente más alcohol. Es todo el problema por el cual se calientan la cabeza las condesas, patronas de asociaciones caritativas. Durante esos minutos u horas no sientes que eres molesto para los otros y para ti mismo. Sé que no constituye un honor especial ser visto con una persona vestida de este modo, pero a mí tampoco me divierte. Si le da vergüenza, dígallo, pero nada de cortesías ni compasiones. Empuja la silla hacia atrás y la mano expresa la amenaza de levantarse. Christine reacciona con rapidez y le pone la mano sobre el brazo: — ¡No grite! ¿Qué le importa todo esto a la gente? Acérquese. El extraño obedece. La actitud desafiante enseguida vuelve a convertirse en timidez. Christine intenta ocultar su compasión: — ¿Por qué se atormenta y por qué quiere atormentarme? Es una tontería. ¿Me considera realmente una «dama», como dicen? Si lo fuera, no entendería ni una palabra de cuanto acaba de decirme y lo consideraría una persona sobreexcitada, injusta y odiosa. Pero lo entiendo y quiero explicarle por qué. Acérquese, que la gente de al lado no tiene por qué oírlo. Le cuenta su viaje, le cuenta todo: el encono, la vergüenza, el entusiasmo, la metamorfosis; para ella constituye un placer poder hablar por primera vez de toda la embriaguez de la riqueza y es también un placer muy diferente, maligno y autotorturante, describir cómo el portero la retuvo al marcharse tomándola por una ladrona, por el mero hecho de que llevaba ella misma la maleta e iba vestida con un vestido gastado y de mala calidad. El extraño permanece quieto, sin decir palabra, sólo se tensan y tiemblan las aletas de su nariz. Christine percibe que está absorbiendo todo. La entiende como ella lo entiende, con la solidaridad de la rabia y de la marginación. Y como ella ha abierto la presa, ya no puede cerrarla. Le cuenta más de lo que quiere, le habla del odio contra el pueblo, la ira por los años perdidos, todo prorrumpe con fuerza y plasticidad. Nunca se ha abierto a nadie de esa manera. El permanece mudo, sin mirarla. Se sume cada vez más en su interior. —Perdone — dice finalmente desde muy abajo, por así decirlo—, perdone que la haya atacado tan estúpidamente. Sería capaz de golpearme por ser tan torpe, tan furioso, tan agresivo, como si la primera persona a la que encuentro tuviera la culpa de todo. Y como si yo fuese el único. Sé perfectamente que soy uno más entre legiones y millones. Cada mañana cuando salgo a trabajar, veo a los otros salir de los portales, dormidos, malhumorados, con los rostros apagados, los veo dirigirse al trabajo que no quieren ni aman, que no les interesa, y los veo volver por las tardes en los tranvías, con plomo en las miradas y plomo en los pies, exhaustos, absurdamente o por mor de un sentido que no comprenden. Sin embargo, ellos no lo saben, no conocen ni sienten con mi intensidad el espantoso absurdo. Para ellos, progresar significa ganar diez chelines más al mes o conseguir otro cargo, otra chapa de identificación canina, o acuden a la noche a las asambleas y se dejan explicar que el mundo capitalista está a punto de hundirse, que faltan una o dos décadas para derrotarlo, pero yo no soy tan paciente. Tengo treinta años, once de ellos perdidos. Tengo treinta años y todavía no sé quién soy ni para qué existe el mundo, y no he visto más que sangre, sudor y mugre. No he hecho más que esperar, esperar y esperar. Ya no soporto estar abajo, estar fuera, me vuelve loco, me enferma, y siento que el tiempo se escapa por debajo de los zapatos desastrados cuando sólo eres el peón de otros y, no obstante, no te sabes inferior al arquitecto que te da órdenes y entiendes tanto como los otros instalados arriba y tienes los mismos pulmones y la misma sangre, con la única diferencia de haber llegado tarde; uno ha caído del coche y ya no lo alcanza, por mucho que corra y corra. Uno se sabe capaz de todo... He aprendido mucho y quizá no soy nada tonto, fui el primero en la escuela secundaria y también en la escuela religiosa, tocaba un instrumento musical bastante bien y aprendí francés con un cura de Auvernia. Pero carezco de piano, o sea que no puedo tocarlo y se me olvida, no tengo a nadie con quien pueda hablar en francés, o sea que se me olvida. Estudié con esmero en la universidad técnica durante dos años, mientras los otros se peleaban en las asociaciones estudiantiles, y seguí trabajando en el cautiverio, en aquella perrera siberiana, y sin embargo no avanzo. Necesito un año, un año libre, como se necesita tomar impulso para saltar... Un año, y estaría al otro lado, no sé dónde ni cómo, sólo que hoy podría apretar los dientes y tensar los músculos, estudiar diez o catorce horas... En unos años, en cambio, seré como los otros, estaré

cansado y satisfecho, me resignaré y diré: ¡resuelto! ¡Se acabó! Pero hoy todavía no puedo, hoy los odio a todos, a todos los satisfechos, que me irritan hasta tal punto que a veces debo apretar el puño en el bolsillo para no reventarles la comodidad de un golpe. Mírelos, a esos tres de al lado. No sé por qué, pero me han puesto nervioso durante todo el tiempo que llevo hablando con usted, tal vez por envidia, porque son tan estúpidamente divertidos, tan aburguesados y divertidos. Mírelos, uno es dependiente, seguro, en una mercería, se pasa el día sacando telas en la tienda, inclinándose y diciendo: «última moda, el metro a uno ochenta, género inglés auténtico, muy resistente, muy sufrido» y entonces sube la tela y vuelve a bajar otra y otra y luego un par de cordones y guarniciones, y después vuelve a casa al anochecer y cree haber vivido; y los otros, uno quizá trabaja en la aduana o en la caja postal y se pasa el día aporreando cifras y cifras, cientos de miles, millones de números, intereses e intereses compuestos, débitos y créditos y no sabe a quién pertenecen ni quién paga ni quién debe y por qué, no tiene ni la menor idea y se va a la tarde a casa y cree haber vivido; y el tercero, ¿dónde trabaja?, no lo sé, en el ayuntamiento o quién sabe dónde, pero su camisa me sugiere que se pasa el día con papeles, papeles y más papeles en el mismo escritorio de madera. Pero hoy, como es domingo, se han untado el pelo con pomada y la cara con diversión. Fueron al fútbol o a las carreras o han estado con alguna chica y ahora cuentan sus experiencias, y uno se da pote ante el otro, qué listo que es, qué hábil, qué diligente... Escuche usted cómo ríen, cómodos y autocomplacientes, estas máquinas en vacaciones estivales, estos cadáveres laborales prestados, escuche cómo ríen, grasos y calientes, pobres perros convencidos de que, porque los han soltado por una vez de la cadena, la casa y el mundo les pertenecen. Me dan ganas de abofetearlos. Respira con dificultad. —Sé que es una tontería, que siempre golpean al equivocado, que siempre padece quien no debe. Sé que son unos pobres perros y ni siquiera tontos porque actúan de la manera más inteligente: se resignan. Se dejan morir, de modo que no se sienta nada, pero a mí, al estúpido, siempre me entran ganas de abofetear a estos pequeños satisfechos, de retarlos a que salgan de sí mismos... Se juntan, tal vez con el único fin de estar dentro de una horda y no tan sólo sumidos en ellos mismos. Sé que es una tontería, que obro contra mis propios intereses, pero no puedo evitarlo, estos once años venenosos me inundaron de odio hasta el punto de que me oprime la garganta. Y quiere salir por los labios dondequiera que esté, y entonces me voy corriendo a casa o a la biblioteca popular. Pero ya no me gusta leer. Las novelas de hoy en día no me interesan. Estas historietas de cómo Hans consigue a Grete y Grete a Hans y de cómo Paula engaña a Johann y Johann a Paula me dan ganas de vomitar... Y los libros sobre la guerra... a mí que no me venga nadie con cuentos, y tampoco tengo la energía suficiente para aprender desde que tomé conciencia de que no sirve para nada, y uno no progresa sin la chapa de identificación canina del título académico, para la cual no tengo dinero, y como no tengo dinero, no consigo dinero, y así va creciendo la ira en el cuerpo y uno se autoexcluye como un animal peligroso. No hay nada que enfurezca tanto como la impotencia ante algo que uno no puede asir, ante aquello que viene de los hombres, pero no de uno solo, al que se podría coger del cuello. Franz sabe de esto. Sólo haría falta recordarle cómo permanecíamos tumbados en el barracón a veces, llorando de rabia y clavando los dedos en la tierra, cómo rompíamos botellas por puro encono, cómo pensábamos matar con el hacha al pobre Nikolai, al bueno del guardia que, de hecho, era nuestro amigo, un hombre tranquilo y bondadoso, pero al mismo tiempo el único asible de todos cuantos nos encerraron, sólo por eso. ¿Ve usted? Ahora entiende por qué me acaloré tanto cuando vi a Franz. Ya no me acordaba de que hubiera alguien capaz de entenderme, y enseguida me di cuenta de que me comprendía... Y luego estaba usted... Christine alza la vista y se siente inundada por su mirada. El extraño enseguida se avergüenza. —Perdone usted —prosigue con la otra voz, la suave, tímida y pequeña que contrasta de manera peculiar con la dura y desafiante de su cólera— perdone usted, pero no debería hablar tanto de mí mismo, sé que es de mala educación. Pero en todo este mes no he hablado quizá tanto como con usted. Christine clava la vista en la vela que se alza delante. La llama tiembla ligeramente, un viento fresco la alarga, y su núcleo azul con forma de corazón se estira de pronto hacia arriba. Luego responde: —Yo tampoco. Transcurre un rato sin que hablen; la conversación inesperadamente tensa y dolorosa los ha agotado a ambos. Las luces se apagan en las mesas vecinas, las ventanas que dan al patio se han oscurecido, el gramófono calla. El camarero aparece de manera ostensible. Recoge las mesas contiguas; es cuando Christine recuerda la hora. —Creo que he de marcharme —advierte al extraño—, pues el último tren sale a las diez y veinte. ¿Qué hora es? Él la mira enfadado, pero sólo por un instante, pues luego empieza a sonreír: —Ve usted, ya voy mejorando —dice casi con alegría—. Si me lo hubiera preguntado hace una hora, el perro mordedor que hay dentro de mí se habría abalanzado sobre usted, pero ahora ya puedo decírselo como a un compañero, como a Franz, por ejemplo: empeñé mi reloj. No tanto por el dinero, pues es un reloj verdaderamente bonito, de oro con brillantes. Se lo regalaron a mi padre cuando en una cacería en que participó el archiduque se ocupó de la comida para satisfacción de todos, se encargó de la cocina... Y comprenderá usted... a decir verdad, usted lo comprende todo... comprenderá, digo, que resulta chocante sacar un reloj de oro con brillantes en una obra. Además, allí donde resido

tampoco es normal andar con un reloj como ése, pero como tampoco quería venderlo, me sirve de reserva de hierro, por así decirlo. Por eso lo empeñé. —Sonríe a Christine como si hubiera conseguido un logro importante—. Ve usted... se lo he contado con toda tranquilidad, voy haciendo progresos. El aire vuelve a estar claro entre ellos como después de una lluvia. Ha desaparecido la tensión y surge un cansancio positivo. Ya no se observan con temor y prudencia, sino que confían el uno en el otro. De pronto hay algo así como calma y amistad. Se dirigen a la estación, y es bueno caminar, la oscuridad ha tapado los ojos negros y curiosos de las casas y los adoquines vuelven a emanar frescura tras haberse desprendido del calor. Pero cuanto más se acercan a su meta, más nerviosos y apresurados se vuelven sus pasos: la espada centelleante de la despedida se cierne sobre el tejido blando y denso de su convivencia. Christine compra el billete. Cuando se da la vuelta, ve el rostro del extraño. Una vez más, ha cambiado; sombras se proyectan desde la frente sobre los ojos, se ha apagado la luminosidad agradecida que ella sintió con regocijo, y en ese preciso instante, en que cree pasar inadvertido, recoge la capa como si tuviese frío. Christine siente compasión: —Volveré pronto —dice—, el próximo domingo a buen seguro. Y si usted tiene tiempo entonces... —Siempre tengo tiempo. Es más o menos lo único que poseo, y en abundancia para colmo, pero no quiero... no quiero... Se detiene. —¿Qué es lo que no quiere? —No quiero... quiero decir... no quiero que se moleste por mí... Ha sido tan buena conmigo... Sé que mi compañía no supone ningún placer... En el tren quizá o mañana se preguntará usted: ¿para qué detenerse en lamentos ajenos? Lo sé, a mí me pasa lo mismo... escucho y me conmueve cuando alguien me cuenta alguna situación difícil en su vida. Pero luego, cuando se va, me digo: que el diablo se lo lleve... ¿Por qué me abrumba con sus preocupaciones? Cada cual ya tiene bastante consigo mismo... O sea que no se sienta obligada ni piense que a este hombre hay que ayudarlo... Ya me las arreglo yo solo... Christine aparta la mirada. No aguanta mirarlo mientras se asola a sí mismo. La atormenta. Pero él malinterpreta su gesto. Cree que se siente ofendida, y enseguida aparece, tímida y tenue, la segunda voz, la voz pueril después de la otra, colérica y maligna: —Lo que quiero decir, claro está... es que me alegraría mucho... pero sólo pensaba que, dado el caso... lo que quería decir es que... Balbucea inseguro e intenta mirarla con una expresión infantil y consternada, como pidiendo perdón. Y ella comprende su balbuceo, entiende que este hombre duro, apasionado, doblado por la vergüenza quiere pedirle que vuelva y carece de valor suficiente para ello. Algo crece con fuerza en ella, compasión y calidez maternal a la vez, la necesidad de consolar a este hombre a un tiempo feroz y humilde, de ablandar su orgullo con un gesto, con una palabra. Querría acariciarle la frente y decirle: «Niño tonto», pero le da miedo porque es tan vulnerable. Para romper la situación embarazosa dice: —Lo siento... pero creo que ahora he de marcharme. —¿Lo siente... lo siente de veras? Pregunta con insistencia y la mira deseoso, y la desesperación de la soledad se manifiesta en una postura que refleja, toda ella, impotencia; Christine percibe de antemano el momento en que él se hallará solo en el vestíbulo de la estación, mirando desesperado el tren que se aleja y lo deja solo en la ciudad, solo en el mundo; nota que el hombre se aferra a ella con todo el peso de su sentimiento. La mujer vuelve a estremecerse; el ser humano que hay en ella vuelve a sentirse deseado, más deseado que nunca, y se siente confirmado en todo su ser, en todo su sentido. Es una maravilla sentirse por fin amada, y de pronto prorrumpe el ansia de compensar este placer. Y toma una decisión, en un santiamén, antes de que llegue al pensamiento. Es un impulso, un desgarrar. Se vuelve, se acerca a él fingiendo que reflexiona (cuando, de hecho, ya ha tomado la decisión en su inconsciente): —A decir verdad... podría quedarme con usted y coger el tren de mañana a primera hora, a las cinco y media, así llegaré a tiempo a mi estúpido trabajo. Él la mira de hito en hito. Christine jamás imaginó que ojos pudiesen iluminarse tan de repente. Es como cuando una cerilla se enciende en una habitación oscura: todo es luz, todo vive en sus rasgos. El extraño ha comprendido con la intuición lúcida del sentimiento. De pronto se arma de valor y la coge del brazo: —Sí —dice y resplandece—, sí, quédese, quédese... Christine no opone resistencia a que la coja del brazo y la guíe. El brazo del hombre es fuerte y cálido y tiembla de alegría, y el temblor se le transmite a ella de forma involuntaria. Christine no pregunta adonde van. Para qué preguntar, si da lo mismo; ella ha tomado una decisión. Ha entregado su voluntad de manera deliberada y disfruta de esta entrega. Todo en ella se relaja y, por así decirlo, se desconecta: la voluntad, el pensamiento. No piensa si ama a este hombre al que apenas conoce, no se pregunta si lo quiere con voluntad decidida; sólo disfruta de haberse desprendido de la voluntad, disfruta de la irresponsabilidad del sentimiento y del placer de la liberación. No le preocupa lo que pueda ocurrir; sólo siente el brazo que la guía y se entrega sin voluntad alguna como madera que flota en el agua y siente el placer mareante de la caída a velocidad vertiginosa. A veces cierra los ojos para sentir con más plenitud el hecho de ser guiada, de ser querida. Luego se produce otro momento de tensión. Él se detiene y se empequeñece: —Me habría encantado... encantado pedirle que viniera a mi casa... pero es que... es que no puede ser... no vivo solo... hay que atravesar otra habitación... podríamos ir a otro sitio... a un hotel... no donde se alojó usted ayer... podríamos... —Sí —responde ella—, sí. No sabe por qué. La palabra «hotel» no le da terror, sino un brillo nuevo. Ve la habitación lustrosa como si fuese a través de una nube, ve emerger los muebles centelleantes, el

silencio rumoroso de la noche y el respiro poderoso de Engadina. —Sí—dice ella desde las lágrimas de un amor suave y dócil. Siguen por calles cada vez más estrechas. Él no parece muy seguro y examina, temeroso, las casas. Por fin ve una que parece soñar, envuelta en una lucecita oculta, con un letrero luminoso. La dirige hacia allí con discreción, y ella no se opone. Franquean la puerta como si entraran en un pozo oscuro. Recorren un pasillo iluminado por una bombilla de pocos vatios, probablemente de forma deliberada. El portero, sucio y embadurnado, sale en mangas de camisa por la puerta de vidrio. Los dos hombres susurran como si cerraran algún negocio prohibido. Algo tintinea entre sus manos, sea dinero, sean llaves. Christine permanece en el pasillo sumido en la penumbra y contempla la pared cubierta de costras, terriblemente decepcionada por esta miserable caverna. No quiere pensarlo, pero el recuerdo del vestíbulo de aquel otro hotel vuelve a ella como una obsesión, (la asociación es provocada por la palabra), los cristales espejados, la luz fresca y generosa, la riqueza y la comodidad. — ¡Número nueve! —anuncia el portero cual si tocara la trompeta y añade a todo volumen, como si quisiera que lo oyeran hasta arriba—: ¡Primera planta! Ferdinand se acerca a Christine y la coge del brazo. Ella lo mira con expresión suplicante: — ¿No se podría...? No sabe qué decir. El percibe el terror en los ojos de ella y el deseo de huir. —No, son todos iguales... No conozco otro... Yo no sé de esto. Luego la coge del brazo y le ayuda a subir las escaleras. Christine lo necesita porque tiene la sensación de que un cuchillo le ha cortado las corvas y de que todos los tendones de su cuerpo se encuentran paralizados. Una puerta está abierta. Sale una camarera de aspecto ojeroso y sucia como el entorno: —Ahora vengo, que primero voy a buscar toallas limpias. Entran en la habitación y cierran la puerta con rapidez. El rectángulo adornado por una sola ventana es terriblemente angosto, sólo caben en él una silla, una percha, un lavabo y, de manera ruin e intencionada, como si fuese consciente de ser el único mueble importante, una cama ancha. Muestra de manera descarada su utilidad y llena el estrecho espacio. Imposible evitarla, imposible eludirla, imposible ignorarla. El aire huele a húmedo y a acre debido al humo frío del tabaco, al jabón de mala calidad y a otra cosa que huele a falso y amargo. Christine aprieta sin querer los labios para no respirar nada. Siente miedo de desmayarse por el asco y la repugnancia. Se acerca deprisa a la ventana, la abre de un tirón y respira el aire fresco como si se hubiera salvado de una mina llena de grisú. Alguien llama discretamente. Christine se estremece, pero sólo es la camarera que trae las toallas limpias y las pone en el lavabo. Cuando se da cuenta de que la recién llegada ha abierto la ventana en la habitación iluminada, manifiesta cierta inquietud: —Baje luego la persiana, por favor. Después sale, saludando cortésmente. Christine se queda en la ventana. Ese «duego» ha hecho mella en ella; claro, para eso viene la gente a estas casas situadas en callejuelas, a estas cavernas hediondas. A lo mejor, piensa aterrada, cree que sólo ha venido para eso, sólo para eso. Aunque no le vea la cara, vuelta, tenaz y obsesivamente, hacia la calle, Ferdinand observa su silueta que se inclina hacia adelante con movimientos convulsivos, ve los hombros que tiemblan y comprende su terror. Se acerca a ella con delicadeza y con temor a herirla con alguna palabra, le acaricia los hombros con suavidad y va bajando con la mano hasta encontrar los dedos fríos y temblorosos. Christine percibe su intención de tranquilizarla. —Perdóneme —dice sin darse la vuelta—, pero de pronto sentí un mareo. Enseguida me pondré mejor. Sólo necesito un poco más de aire fresco... Es sólo porque... De hecho, pretendía añadir sin querer: porque es la primera vez que piso una casa así, una habitación así. Pero aprieta los labios: ¿por qué ha de saberlo? De repente se da la vuelta, cierra la ventana y ordena: —Apague la luz. Él gira el interruptor, de golpe se hace de noche, y la noche borra los contornos. Lo terrible se ha ido, la cama ya no espera con la impudicia de antes, sino que sólo brilla blanca e incierta en el espacio disuelto. Pero el terror sigue. Ahora oye ruiditos en el silencio, crujidos, suspiros, risas, chirridos, el retumbo de pies descalzos y el murmullo del agua en algún sitio. Christine percibe un edificio lleno de actividades extrañas y lascivas y pensado con el único fin de la cópula. Siente que el terror penetra en ella poco a poco como una helada fina. Al principio sólo se presenta en forma de un escalofrío en la piel, pero luego ataca las articulaciones y la paraliza, y debe de estar cerca del cerebro y del corazón porque Christine se siente incapaz de pensar y de sentir, se da cuenta de que todo es indiferente, ajeno y absurdo, como la respiración ajena de aquel hombre extraño cerca de ella. Por fortuna es un hombre sensible y no la acosa; sólo la ayuda a sentarse. Juntos permanecen sentados en el borde de la cama, vestidos, sin hablar; la mano de Ferdinand le acaricia una y otra vez la tela de la manga y la mano desnuda. Espera con paciencia que ceda el terror, que se derrita el espanto que la atenaza con su hielo. Y esa humildad y obsequiosidad la commueven. Cuando por fin la abraza, ella no se opone. Ni siquiera el abrazo ardiente y apasionado de Ferdinand consigue vencer el terror. La helada se asienta en lo hondo, y él no puede llegar hasta allí. Algo en ella no se disuelve, algo en ella no se entrega a la ebriedad, sino que opone resistencia. Cuando la despoja de su ropa, y ella siente el cuerpo del otro, cálido, fuerte, desnudo y ardiente, percibe al mismo tiempo la sábana húmeda y extraña como si fuese una esponja mojada. Inundada por las caricias de Ferdinand, se siente al mismo tiempo ensuciada por la pobreza y la miseria en cuyo marco se produce. Sus nervios tiemblan, y mientras él la acerca, ella nota el deseo de alejarse, no de él, no del hombre ardoroso, sino de esta casa en que las

personas copulan por dinero como animales —rápido, rápido, el siguiente, el siguiente—, donde los pobres se venden como un sello o un periódico que uno tira al próximo cliente. El aire le oprime los pulmones, el aire espeso, húmedo, oleoso y viciado, el vaho de pieles extrañas, de calores extraños, de placeres extraños. Y siente vergüenza, no por el hecho de entregarse, sino porque este acontecimiento festivo transcurre en tal lugar, donde todo es repugnante e ignominioso. Sus nervios se tensan cada vez más por causa de esta resistencia. Y de pronto prorrumpe de ella un suspiro, un llanto contenido de decepción, de exasperación que le recorre el cuerpo desnudo con ínfimas sacudidas. Ferdinand, tumbado al lado de ella, recibe el llanto en su cuerpo. Lo siente como un reproche. Para tranquilizarla, la acaricia una y otra vez de los hombros hacia abajo, sin decir palabra. Christine nota su desesperación. —No te preocupes por mí —dice— es una convulsión estúpida. No te preocupes, que ya pasará, sólo es porque... —Se detiene y respira—. Déjalo, tú no tienes la culpa. Ferdinand calla; lo entiende todo. Comprende su desilusión, la desesperación física y feroz. Pero le da vergüenza decir la verdad: que no buscó un hotel mejor, que no escogió una habitación mejor porque no tenía más que ocho chelines en total y que pensaba entregar su anillo al portero en el caso de que el cuarto fuese más caro. Pero no puede ni quiere hablar de dinero; prefiere callar y esperar; mudo, paciente, humilde y afectado, espera a que ella deje de estremecerse. Con el oído fino propio de unos sentidos sobreexcitados, Christine oye los ruidos provenientes de la habitación contigua, de arriba y de abajo, de los pasillos, los pasos y las risas, las toses y los gemidos. Al lado debe de haber alguien con un hombre achispado que no cesa de berrear, y luego se oyen repetidos golpes sobre una carne desnuda y las risas de una voz vulgar de mujer. Resulta insoportable, y Christine lo escucha con más intensidad cuanto más calla la única persona que le tiene simpatía y que está a su lado. De pronto siente angustia y dice con aspereza: — ¡Habla, por favor! Cuéntame algo. Sólo para no oír lo de al lado. Ay, esto es espantoso. ¡Qué casa más horrible! No sé por qué, pero todo me espanta... Habla, por favor, cuéntame algo, sólo para que... para no oírlo... ¡Este lugar es espantoso! —Sí —responde él respirando hondo—, es terrible, y me da vergüenza haberte traído. No debería haberlo hecho... Yo mismo tampoco lo sabía. Le acaricia el cuerpo con delicadeza, y ella lo percibe como algo cálido y bondadoso. Pero no mata el miedo que hay en ella y que la sacude una y otra vez. No sabe por qué tiembla de esta manera y por qué opone resistencia. Trata de contener las sacudidas de sus articulaciones, los repetidos estremecimientos de asco, de asco a la cama húmeda y a la cháchara lasciva de la habitación contigua, a todo el edificio, pero no lo consigue. Los escalofríos le recorren el cuerpo sin cesar. Ferdinand se inclina hacia ella: —Créeme... entiendo que tengas una sensación horrible. Yo mismo lo viví en una ocasión... y precisamente la primera vez que estuve con una mujer. Cuando ingresé en el ejército y enseguida caí prisionero, no sabía nada, y los otros, tu cuñado incluido, se burlaban de mí... Me llamaban la virgen y siempre me hablaban de ello, sea por malicia, sea por desesperación... Sí, no podían hablar de otra cosa, de día y de noche, siempre hablaban de mujeres, siempre contaban la historia de ésta y de aquella y de cómo fue, y cada uno la contaba cientos de veces, de suerte que uno se la sabía de memoria. Y tenían imágenes o las dibujaban, imágenes terribles, como las que suelen dibujar en las paredes los presidiarios. Me daba asco escuchar siempre lo mismo, pero, claro... ya tenía diecinueve años, veinte años, la cosa te excita y te pone al mismo tiempo enfermo. Vino entonces la revolución, y nos trasladaron a Siberia, tu cuñado ya se había ido... y nos llevaban de aquí para allá como si fuésemos un rebaño de ovejas, hasta que una noche un soldado se sentó con nosotros... De hecho, debía vigilarnos, pero ¿adónde íbamos a huir?... Se preocupaba por nosotros y nos quería... Hasta el día de hoy sigo viendo su cara que parecía aplastada por un martillo, la nariz gruesa semejante a una patata y la boca ancha, bonachona... Sí, ¿qué quería decir?... Pues sí, que una noche se sentó a mi lado como un hermano y me preguntó desde cuándo no había estado con una mujer... Claro, me daba vergüenza decirle «nunca»... Cualquiera hombre se avergonzaría —«y cualquier mujer», pensó ella—, de modo que le respondí: «Dos años». Boze moi... Se quedó boquiabierto. Hasta el día de hoy sigo viendo cómo se asustó el bueno... Enseguida se me arrimó y me acarició como a un cordero: «Pobrecito, pobrecito... Te vas a poner enfermo...» Me seguía acariciando y yo notaba que se esforzaba en pensar. Pensar, hilar un pensamiento con otro, era tarea ardua para un hombre limitado como Serguei, más ardua que levantar el tronco de un árbol. Todo su rostro se oscureció y sus ojos se volvieron hacia dentro. Por fin dijo: «Espera, hermanito, que yo lo arreglaré. Encontraré a una para ti. Hay muchas en la aldea, esposas de soldados y viudas, o sea que te llevaré a ver a una, por la noche. Sé que no huirás.» No dije ni sí ni no, no sentía deseo, no tenía ganas... Qué podía ser... una campesina simple y animal... sin embargo, sentir una sola vez el calor, la unión a un ser humano... No estar tan terriblemente solo... No sé si me entiendes... —Sí —suspira ella—, entiendo. —Y en efecto, vino por la noche a nuestro barracón. Silbó suavemente, tal como habíamos acordado. En la oscuridad había junto a él una mujer, ancha y bajita, con el pelo graso como si estuviese untado con aceite bajo el pañuelo multicolor. «Es él», dijo Serguei. «¿Lo quieres?» La mujer bajita de ojos rasgados me miró de hito en hito en la oscuridad. Luego respondió: «Sí.» Caminamos un trecho los tres, él nos acompañaba. «Hasta dónde lo han traído

al pobre», decía ella en tono compasivo a Serguei. «Y nunca una mujer, siempre solo con hombres, el pobre... ay, ay, ay.» Sonaba bueno y profundo, bueno y cálido. Entendí que me acogía por compasión y no por amor. «A mí me mataron a mi marido», contó ella luego, «alto como un fresno y fuerte como un oso joven. Nunca bebía ni me golpeaba, era el mejor hombre del pueblo, y ahora vivo con los niños y con la suegra, Dios ha sido riguroso con nosotros.» Fui con ella a su casa... una cabaña cubierta de paja blanca y provista de unos ventanucos cerrados, y cuando entré guiado por su mano, el humo me carcomía la cara. El aire era espeso y caliente como en una mina llena de gases tóxicos. Me llevó más adentro, el lecho se hallaba sobre la estufa, y allí había que subir; de pronto se movió algo y me asusté. «Son los niños», dijo ella para tranquilizarme. Sólo entonces noté que la habitación rebosaba de respiración ajena. Alguien tosió, y ella volvió a tranquilizarme: «La abuela, que está enferma, se le apaga el pecho.» Todas esas respiraciones, todo el hedor en aquel espacio, que no sé si compartía con cinco o con seis personas, todo ello me paralizó el corazón. Me daba terror tener algo que ver con una mujer, me daba terror, un terror espantoso mientras los niños permanecían tumbados en el cuarto contiguo y también la madre, que no sé si era la suya o la del marido. No entendió mi titubeo y se arrimó a mi cuerpo. Me desnudó, me quitó melancólicamente los zapatos, con dulzura y ternura la chaqueta, me acarició la piel cual si fuese un niño, su bondad era conmovedora... Luego, poco a poco, me atrajo hacia sí llena de deseo. Tenía unos pechos blandos, grandes y cálidos como pan recién cocido, una boca tierna que me besaba en silencio y unos movimientos conmovedores, dóciles y humildes... Era entrañable, de verdad, la quería mucho y le estaba agradecido, pero el espanto me asfixiaba. No podía soportar que un niño se moviera mientras dormía, que la abuela enferma suspirara, y huí apenas empezó a clarear... Tenía un miedo animal a la mirada de los niños y al ojo enfermo de la abuela... Ésta habría considerado normal ver a un hombre acostado con la mujer, pero yo... yo no podía y huí. Me acompañó a la puerta, sumisa como un animal de compañía, me mostró con gestos enternecedores que a partir de ese momento me pertenecía, me condujo al establo y ordeñó para darme leche, me dio pan para el camino y una pipa que debía de pertenecer a su marido y luego me preguntó o, más bien, me pidió... Era una petición humilde y respetuosa: «¿Vendrás esta noche?...» Pero no volví, el recuerdo de aquella cabaña llena de humo y de niños y de insectos que recorrían el suelo, y con la abuela para colmo, me resultaba espantoso... A todo esto, sin embargo, me sentía agradecido y hasta el día de hoy pienso en ella con cierto amor, sí... Cómo ordeñó al animal para darme leche, cómo me dio el pan, cómo me entregó su cuerpo... Y los otros... no me entendían... Todos me envidiaban, tan pobres eran, tan abandonados estaban que hasta eso me envidiaban. Cada día me proponía ir a verla y cada día... — ¡Por el amor de Dios!—grita Christine—. ¿Qué pasa? Se ha incorporado de golpe y presta atención. «Nada», quiere responder Ferdinand. Pero él también se asusta. De pronto se oyen voces en el pasillo, ruidos, gritos, un enorme barullo, alguien chilla, el otro ríe, el tercero imparte órdenes. Algo ha ocurrido. —Espera —dice él y se levanta de un salto de la cama. En un instante se ha puesto la ropa y escucha pegado a la puerta—: Iré a ver qué ha ocurrido. Algo ha sucedido. Así como el durmiente se despierta de una pesadilla gritando, suspirando y gimiendo, el hotelucho que hasta ese instante sólo cuchicheaba se desmelenaba de pronto emitiendo sonidos extraños e inexplicables. Suenan timbres y golpes, se oyen pasos que bajan y suben las escaleras, un teléfono, una ventana que se abre. Alguien llama, alguien habla, alguien pregunta, todo sin orden ni concierto, se oyen voces ajenas al establecimiento, nudillos ajenos que aporream las puertas, pasos duros en vez de los pasos de pies descalzos. Algo ha ocurrido. Una mujer suelta un grito terrorífico, hombres discuten en voz alta y excitada, algo —una silla— cae mientras fuera se oye el estrépito de un automóvil. El febril movimiento se extiende por toda la casa, Christine percibe pasos rápidos en el techo, el borracho del cuarto contiguo habla en voz alta y temerosa con la amiga, la gente corre sillas a derecha y a izquierda, se oyen ruidos de llaves, el edificio estrecho zumba desde el sótano hasta la cumbre, zumba cada habitación-panal de la colmena humana. Ferdinand regresa pálido y nervioso, dos arrugas afiladas se perfilan a la izquierda y a la derecha de sus labios. Está temblando: — ¿Qué pasa? —pregunta Christine, todavía acurrucada en la cama. Cuando él enciende la luz, se asusta al verse semidesnuda y, en un gesto involuntario, se cubre con la manta. —Nada —contesta Ferdinand, y la respuesta sale como un silbido maligno de entre los dientes—. Una patrulla, están registrando el hotel. — ¿Quién? —La policía. — ¿Vendrán aquí? —Quizás, es probable. Pero no tengas miedo. — ¿Pueden hacer algo... porque estoy contigo? ... —No, no tengas miedo, llevo la documentación encima, y me inscribí correctamente en la recepción, o sea que no tengas miedo, que yo me encargo. Ya lo viví en el asilo de Favoriten, es una mera formalidad... Pero... —su rostro vuelve a ponerse oscuro y anguloso—, pero estas formalidades siempre se refieren sólo a nosotros. Y a veces le cuestan el pescuezo a un pobre diablo. Sólo a nosotros nos despiertan de noche, sólo a nosotros nos azuzan como a perros... Pero no tengas miedo, que yo lo arreglo... Ahora vístete... —Apaga la luz. Todavía se avergüenza, y le cuesta un enorme esfuerzo ponerse la poca ropa que lleva. Siente plomo en las articulaciones. Luego se sientan ambos en la cama; Christine se ha quedado sin fuerzas. A partir del primer segundo en ese edificio percibió algo así

como una tormenta de miedo que se cernía sobre ella: ahora ha llegado. No cesan de golpear desde abajo. Están registrando los bajos, se los oye ir de habitación en habitación. Cada vez que los nudillos extraños llaman a la madera dura, Christine siente el golpe hasta el fondo del corazón aterrorizado. Ferdinand se sienta a su lado y le acaricia las manos. —Es mi culpa, perdóname... Debería haberlo pensado, pero... No se me ocurrió otra solución, y quería... Quería estar contigo. Perdóname. Sigue acariciándole las manos, que continúan frías y reciben los temblores del cuerpo que se estremece de forma repentina. —No tengas miedo —la tranquiliza—, que no pueden hacerte nada. Y si... si alguno de estos canallas se pone insolente, ya se las verá conmigo. A mí que no me vengán con bromas, que no estuve cuatro años tumbado en la mierda para que luego vengan estos vigilantes uniformados a chincharme. Ya les cantaré yo las cuarenta. —No —pide ella asustada al ver que Ferdinand se tantea la zona lumbar en busca de la funda del revólver—. Te lo ruego, quédate tranquilo. Si me quieres un poquito, quédate tranquilo, prefiero... No puede seguir hablando. En eso, los pasos ya suben las escaleras. Parecen muy cerca. Su habitación es la tercera, y los golpes empiezan en la primera. Ambos contienen la respiración, pues la puerta, delgadísima, permite escuchar cualquier sonido. Registran la primera habitación con rapidez y llegan a la segunda. Pum, pum, pum, tres veces llaman a la puerta y alguien la abre de golpe y grita con voz de borracho perdido: —¿No tenéis nada que hacer salvo molestar a personas decentes por la noche? ¿Sería mejor que buscarais a los asesinos! Una voz profunda le responde con rigor: —¿Su documentación! Después hace una pregunta en voz baja. —Mi novia, sí, mi novia —contesta en voz alta y desafiante el borracho—, y puedo demostrarlo. Dos años llevamos saliendo juntos. La respuesta parece ser suficiente, pues la puerta de al lado se cierra de un portazo. Ahora tienen que venir. Las puertas se hallan a cuatro, cinco pasos de distancia, y ya vienen, tap, tap, tap... A Christine se le para el corazón. Llaman. Ferdinand se acerca con tranquilidad al inspector de policía, el cual se ha quedado discretamente en el umbral. De hecho, el inspector tiene una cara amable, ancha, redonda, con un bigotito coqueto, pero el cuello del uniforme, muy apretado, bombea demasiada sangre a ese rostro jovial. Se lo puede imaginar fácilmente vestido de paisano o en mangas de camisa, verlo menear sentimentalmente la cabeza mientras suena la música de vals, pero esta vez arquea las cejas con severidad y pregunta: —¿Lleva la documentación encima? Ferdinand se le acerca aún más: —Tenga, y también están aquí los papeles del ejército. Quien los tiene no se extraña de que le pasen toda clase de porquerías porque está acostumbrado. El inspector ignora el tono crítico, compara la documentación con la cédula de registro y echa un vistazo a Christine, quien, escondiendo el rostro, permanece encogida en la silla como si fuese el banquillo de los acusados. Baja la voz: —¿Conoce usted personalmente a la señora...? Quiero decir... ¿la conoce usted desde hace tiempo? —Se nota que no quiere ponérselo difícil. —Sí —responde Ferdinand. El inspector le da las gracias, saluda y se dispone a marcharse. Pero Ferdinand, temblando de ira al ver a Christine allí sentada, humillada y sólo rescatada merced a su respuesta afirmativa, da un paso hacia él. —Sólo querría saber... si estos registros nocturnos también se realizan en el hotel Bristol o en los otros hoteles de la avenida Ring o si sólo se efectúan aquí... El inspector pone cara de póquer y contesta con desprecio: —No he venido a darle información de nada, sino a cumplir con mi deber. Pero alégrese usted de que no investigue a fondo, porque los datos relativos a su señora —hace hincapié en la palabra—, a su señora en la cédula de registro bien podrían no ser exactos. Ferdinand aprieta los dientes, tiene que contenerse, y junta las manos a sus espaldas para no abofetear al representante de la ley, pero el inspector, acostumbrado a tales estallidos de cólera al parecer, cierra la puerta con toda calma. Ferdinand se detiene y se queda mirando la puerta; la rabia casi lo destroza. Luego se acuerda de Christine, que parece más tumbada que sentada en la silla. Es como si hubiera muerto de miedo y no hubiese regresado todavía a su cuerpo. Ferdinand le acaricia suavemente el hombro. —Ya ves... ni siquiera preguntó tu nombre... En efecto, sólo se trataba de una formalidad, lo malo es que... lo malo es que te perturben la vida con estas formalidades y al final te destruyan. Hace ocho días leí, ahora me acuerdo, que una se tiró por la ventana por miedo a que la llevaran a la comisaría y su madre se enterara... o a que la examinaran por si tenía alguna enfermedad venérea... Prefirió saltar a tres pisos de profundidad... Lo leí en el periódico, dos líneas, dos simples líneas... Es una bagatela, realmente, que estemos acostumbrados a cosas peores... A cambio, una persona así obtiene una tumba propia y no una fosa común como antes... Diez mil muertos diarios... ¿Qué significa un hombre, es decir, un hombre como nosotros, uno de esos con los cuales se permiten cualquier cosa? Pues sí, en los buenos hoteles saludan llevándose la mano a la visera y sólo envían detectives para que a las señoras no les roben las joyas, pero allí nadie husmea por la noche en las habitaciones de los buenos burgueses... Pero yo no tengo de qué avergonzarme... Christine se inclina todavía más. De forma inconsciente, recuerda las palabras de la chica de Mannheim... De noche van y vienen de puerta en puerta, recuerda las camas amplias y níveas, la luz matutina, las puertas que cierran con facilidad y sin hacer ruido como si fueran de goma, las alfombras blancas y el florero junto a la cama. Allí todo podría ser bello y bueno y ligero, pero aquí... Asqueada, se estremece. Él se acerca, desesperado, y dice sin mucho sentido: —Tranquilízate, tranquilízate, que todo ha pasado.

Pero el cuerpo frío se sacude y no cesa de estremecerse bajo su mano. Algo en ella se ha roto, y los nervios siguen oscilando como una cuerda rota debido a una tensión excesiva. No le presta atención, sólo escucha los golpes que no cesan, de puerta a puerta, de ser humano a ser humano. El espanto sigue presente en el edificio. Ya han llegado a la última planta. Llamen con ahínco a una puerta. Cada vez con más fuerza. — ¡Abran! ¡En nombre de la ley! Ambos permanecen atentos en medio de un silencio momentáneo. Vuelven a aporrear la puerta, esta vez no con los nudillos, sino con el puño. Son ruidos sordos y duros que se precipitan hacia abajo, hacia todas las puertas, hacia todos los corazones. — ¡Abran! ¡Abran! —comina la voz autoritaria. Por lo visto, alguien se niega a abrir. Luego se oye un silbido; pasos que suben corriendo las escaleras; cuatro, seis, ocho puños que aporrean aquella puerta. — ¡Abran! ¡Abran en el acto! Entonces se oye un golpe que retumba por toda la casa, un ruido de madera rota, y el grito de una mujer, la expresión máxima del miedo, un grito agudo y estridente que atraviesa la casa como un cuchillo. Después se escucha un estruendo de sillas, la lucha de una persona con otra, cuerpos que caen como sacos llenos de piedras, y el grito estridente y cada vez más parecido a un aullido. Ambos aprestan los oídos como si todo les ocurriera a ellos. Él es el hombre que lucha denodadamente con los policías, ella es la mujer que grita furiosa y semidesnuda, que se debate sollozando, agarrada por las manos expertas de la policía, y en ese momento el grito estridente se oye con terrible claridad: — ¡No iré, no iré! —dice chillando, sollozando y espumajeando. Se oye ruido de vidrios rotos, alguien debe de haber roto una ventana, ella, esa mujer, animal perseguido y extraño. Ya la han agarrado entre dos o entre tres (ambos lo perciben) y la arrastran. Debe de haberse tirado al suelo, se oyen los pataleos, los jadeos a través de la cal y la piedra de las paredes. Y ahora la bajan por las escaleras y el fálsete del miedo, el grito suena cada vez más asfijado y se extingue poco a poco: — ¡No iré! ¡No iré! ¡Suéltlenme! ¡Socorro! Luego llegan abajo. El automóvil se pone en marcha, ya la han puesto a buen recaudo. Hay un animal preso en el saco. Vuelve a reinar el silencio, mucho más silencioso que antes. El espanto flota sobre la casa como una nube espesa. Ferdinand intenta abrazar a Christine, la levanta de la silla y le besa la frente fría. Pero ella se queda en sus brazos, lánguida, húmeda y muerta como una ahogada. La besa. Pero los labios están secos y no se despiertan. Intenta sentarla en la cama: ella cae, vacía, inerte y perturbada. Ferdinand se inclina y le acaricia el cabello. Por fin abre los ojos: —Vete —ordena con un suspiro—. Llévame, que no lo aguanto, no lo aguanto ni un segundo más. —Y de repente, en un ataque de histeria, cae de rodillas ante él—. Llévame, por favor, llévame lejos de esta casa maldita. Él intenta tranquilizarla: —Adonde quieres que vayamos, niña... No son ni siquiera las tres y media y tu tren sale a las cinco y media. ¿Adonde quieres que vayamos? ¿No prefieres descansar? — ¡No, no y no! —Lanza una mirada de repugnancia feroz a la cama deshecha—. ¡Lejos, lejos, lejos de aquí! ¡Y nunca más, nunca... a un lugar... nunca! Él obedece. Un policía sigue en la recepción, tomando apuntes de las cédulas de registro que tiene delante. Lanza una mirada breve y penetrante que actúa como un golpe. Christine se tambalea. Ferdinand debe sujetarla. Pero el inspector ya se ha inclinado de nuevo sobre los papeles, y en el momento en que percibe la calle, el aire, la libertad, Christine respira hondo como si hubiesen vuelto a regalarle la vida. Falta mucho para el amanecer. Pero los faroles ya parecen agotados. Todo parece cansado, las calles de su vacío, las casas de su sordidez, las tiendas de su cierre y las pocas personas deambulantes de su cuerpo; a paso cansino y con la cabeza inclinada, los caballos tiran los carruajes campesinos llenos de verduras camino del mercado; por un instante, cuando se pasa junto a ellos, huele a húmedo y a amargo. Después pasan traqueteando sobre los adoquines los carros lecheros y los recipientes de estaño chocan tintineando unos contra otros, y vuelve a reinar luego el silencio gris y espantoso. Las pocas personas que se cruzan, mozos de panadería, trabajadores del alcantarillado y otros obreros indefinibles, tienen caras pálidas y grises de sombra y granos de amapola, una mezcla turbia de desgana y de no haber dormido lo suficiente, y ambos perciben de forma involuntaria el rechazo de la ciudad durmiente a los vivos y el de los vivos a la ciudad durmiente. No dicen nada, sino que, atravesando las tinieblas, se dirigen mudos a la estación. Allí pueden sentarse, descansar, tener cuatro paredes alrededor: patria de apátridas. En la sala de espera se sientan en un rincón. Sobre los bancos yacen hombres y mujeres que duermen con la boca abierta, con los paquetes junto a ellos, y que parecen ellos mismos fardos arrugados y arrojados al vacío por el destino. Desde fuera se oyen de vez en cuando unos jadeos, resuellos y gemidos desganaos: locomotoras empujadas de una vía a la otra, calderas sometidas a pruebas. Por lo demás reina el silencio. —No pienses más en ello —dice Ferdinand a Christine—, no ha ocurrido nada, y la próxima vez ya me ocuparé de que no suceda nada parecido. Siento que me lo echas en cara sin querer, y sin embargo no es mi culpa. —Sí —responde ella con un murmullo—, lo sé, lo sé... No tienes la culpa. Pero ¿quién tiene la culpa? ¿Por qué recae siempre en nosotros? No hemos hecho nada, no hemos hecho nada a nadie, y apenas damos un paso, nos ataca. Nunca en mi vida he exigido mucho, y una vez me fui de vacaciones, una vez quise sentirme a gusto como los otros, alegre y ligera, durante ocho o catorce días, y entonces ocurrió lo de mi madre... Y una vez... No puede seguir. Él intenta tranquilizarla: —Pero, niña, ¿qué ha ocurrido? Vamos a ver, piénsalo de manera racional...

Buscaban a alguien y pedían la documentación a la gente, ha sido una mera casualidad. —Lo sé, lo sé, una mera casualidad. Pero tú no entiendes lo que ha ocurrido... no, Ferdinand, no lo entiendes porque para eso hay que ser mujer. No sabes lo que significa... De adolescentes, de niñas, antes de entender incluso, ya soñamos con lo que sería estar junto al hombre, al amado... Todas sueñan con eso... Y no sabemos ni cómo es ni cómo será, no podemos imaginar nada por mucho que nos cuenten las amigas. Pero toda muchacha, toda mujer, lo imagina como algo festivo... como algo bello... como lo más bello de la vida... De algún modo, no sé cómo decirlo, como aquello, sí, como aquello por lo cual se vive... como aquello que nos aleja de todo el absurdo... Durante años y años soñamos con ello y lo imaginamos... No, no lo imaginamos, no queremos ni podemos, de hecho, imaginarlo, sino que sólo soñamos con algo bello, con algo borroso, así como... Y luego... y luego... resulta ser... tan terrible, tan espantoso, tan horripilante... No, no se puede entender que te lo destruyan, porque, una vez podrido, una vez ensuciado, no puede ser sustituido por nadie... El le acaricia la mano, pero Christine, sin prestarle atención, sigue con la vista clavada en el sucio entarimado. —Y pensar que todo esto sólo se debe al dinero, al vil, al vulgar e infame dinero. Con un poco de dinero, con dos o tres billetes de banco, habríamos sido felices y habríamos salido a algún sitio en coche... Qué bonito habría sido, cómo nos habríamos relajado, tú también... Tú también habrías sido distinto, no te habrías mostrado tan turbado y agobiado... Pero tenemos que escondernos como perros en un establo extraño, donde nos levantan a fuerza de latigazos... Ay, no podía creer que fuera tan horrible. —Y cuando alza la vista y ve el semblante de Ferdinand, añade precipitadamente—: Lo sé, lo sé, tú no tienes la culpa, y yo quizás aún lleve dentro el terror... Debes entender lo que me asió de manera tan espantosa. Dame un poco de tiempo, que ya pasará... — Pero... ¿volverás? ¿Volverás, no? El temor inherente a la pregunta sienta bien a Christine. Es la primera palabra cálida. —Sí— responde—. Volveré, confía en ello. El próximo domingo, pero... Ya sabes... sólo te pido... —Sí— dice él—, ya te entiendo, ya te entiendo. (*New York city fc yangel herrera*).

Audiolibro La Embriaguez De La Metamorfosis Stefan Zweig

4 5

>>>Haga Clic Aquí<<<

<https://Ensayo.icu>